

corregido

Ercole Lissardi

¡ATRAPADOS!

Estaba sacando fotocopias de informes para llevarme a casa con la intención de adelantar trabajo durante el fin de semana, cosa que a menudo intento y en realidad nunca sucede. Mi mujer, Raquel, y mis hijos, Esteban y Nicolás, siempre me proveyeron de suficiente entretenimiento en mi tiempo libre. Mi nombre es Héctor, y cuando sucedió lo que estoy por contar era Director del Departamento de Diseño de Metalúrgica Portal. Tenía cuarenta años y siempre me había considerado feliz y satisfecho con la vida que me había tocado, en todos los aspectos.

Normalmente era mi secretaria la que sacaba las fotocopias, por supuesto, pero ese día había yo juzgado que sería oportuno que acompañara a nuestros diseñadores a un curso de especialización en software para diseño, no porque yo creyera que fuera a entender mucho de lo que ahí se hablara sino porque seguramente se iba a sentir especialmente considerada, y eso sería bueno para su productividad. De haber estado mi secretaria sacando las fotocopias como de costumbre, quizá lo que voy a contar no hubiera nunca sucedido.

Ahí estaba yo, entonces, concentrado en el traqueteo suave y rítmico de la máquina cuando de repente sentí que no estaba solo en el pequeño recinto en el que está instalada la fotocopiadora del sector de oficinas. Hay otras máquinas, más voluminosas, para copiar diseños, en una sala más grande. Al sentirme acompañado giré y me encontré cara a cara con Emilia. Estaba inmóvil, a un metro y medio de distancia, y me hacía objeto de una mirada fija e intensa. Después, repasando el momento, me dijo que no estaba mirándome, sino que estaba abstraída pensando en el cumple de su hija menor, Peggy, que celebrarían el sábado siguiente. Basándome en la experiencia directa, no le creí.

Emilia era tres años menor que yo y había ingresado en la empresa dos años atrás, concurso mediante, para ocupar un cargo de responsabilidad en el Departamento de Contaduría. De su gestión no se oía más que elogios. No era una persona que llamara la atención por su apariencia. De complexión y facciones regulares, vestida sin gracia ni coquetería, no era precisamente el tipo de mujer que atrae las miradas de los hombres al cruzársela.

-Hola, dije.

-Hola, respondió, desconectándose de lo que fuera que, según ella, pasaba por su mente.

-Termino enseguida.

-Está bien, no estoy apurada.

Hasta ese momento no habíamos cambiado más que un par de palabras de salutación, puramente formales, en los plenarios periódicos de gerencias y direcciones. De manera que volví a lo mío, sin más. Amable y correcta, pero parca y seria, nunca me había llamado la atención como mujer. Por lo demás, sí soy razonablemente sensible a los encantos femeninos, pero no soy ningún mujeriego. Raquel, mi mujer, colmaba todas mis expectativas y necesidades en la materia. Terminé mi tarea, saludé y me fui.

Fue un cruce común y corriente entre personas que en alguna medida comparten espacios de trabajo. El siguiente cruce fue mucho más significativo y generó de inmediato perturbadoras consecuencias. Juro que era por completo incapaz de planificar algo como lo que sucedió. Ni siquiera era capaz de desear que sucediera algo así. Lo que sucedió me tomó totalmente por sorpresa.

Entramos juntos y solos al elevador. Cambiamos los "Hola" de rigor, bajito y sin mirarnos, como por obligación. Las puertas se cerraron y como Emilia estaba más cerca de la botonera esperé a que ella marcará Planta Baja. Pero no lo hizo. O estaba otra vez perdida en sus pensamientos o esperaba de mí el gesto caballeroso de presionar el botón. De manera que me incliné por delante de ella para hacerlo. Pero justo en ese momento ella hizo finalmente el mismo movimiento, y mi mano vino a aterrizar sobre la suya.

Quedamos como congelados. Ni ella ni yo retirábamos la mano. Indicio evidente, más que de cualquier otra cosa, de una pareja torpeza y lentitud de reacciones. Ambos, al unísono, por fin retiramos la mano y, en el mismo momento, giramos la cabeza para mirarnos. Horriblemente cerca nuestras caras, nos miramos a los ojos, serios y como extrañados por la nueva coincidencia. “Perdón” y “disculpe” debieron de brotar de nuestros labios, pero no lo hicieron. Sus labios y los míos se entreabrieron, como para hablar, pero no lo hicieron, y seguimos mirándonos, no como desafiándonos, pero sí como adivinando que algo más iba a suceder.

Y sucedió, lentamente, como en un sueño. El rostro de Emilia se acercó más al mío hasta que apoyó sus labios sobre los míos. Fue un beso suave, delicado, pero lo que decía lo decía claro como el agua. “Te quiero” decía. O “Me gustás”. O algo muy por el estilo. Sólo hay dos pisos para llegar a la Planta Baja. De manera que, de pronto las puertas del elevador se abrieron rompiendo el encanto. Como presa de un súbito pánico Emilia dijo:

-¡No!, y huyó cruzando el vestíbulo casi a la carrera.

Por suerte no hubo testigos, porque de haberlos hubieran pensado, lógicamente, que había intentado propasarme con ella. Ni qué decir del mareo y la confusión en que quedamos. Y digo quedamos porque después Emilia me dijo que detuvo el auto frente a una plaza y se sentó en un banco durante casi una hora antes de retomar el camino a casa. Me explicó que sólo pudo tranquilizarse cuando llegó a la conclusión de que si lo que hizo era inaceptable, la excusaba que yo antes hubiera puesto mi mano sobre la suya. No pude convencerla de que fue sin intención. Tampoco me esforcé mucho por convencerla. En realidad, muy inesperadamente, me gustaba la idea de haber sido yo quien dio el primer paso.

Llegué a casa pretextando una jaqueca, llené la bañera y me sumergí por un buen rato en el agua tibia y aromatizada, poblada de ensoñaciones adornadas con preguntas imposibles de responder. Pero los días que siguieron ni una vez me crucé con Emilia. Parecía como si nos eludiéramos. Ni yo me acerqué a Contaduría ni ella se dejó ver por Diseño. Como si de hacerlo el ojo del Diablo,

siempre atento, fuera a ver en nosotros dos excelentes candidatos para formar parte de su Corte. La mejor manera de eludir las tentaciones es, como se sabe, huir de ellas.

Es que, entiéndase, no sólo no soy mujeriego, sino que, además, soy y siempre creí ser, un monógamo absoluto. Amaba a Raquel y le había sido fiel a lo largo de los doce años que llevábamos de matrimonio. Y sé que ella me amaba y que jamás experimentó la tentación del adulterio. De haberla experimentado me lo hubiera dicho de inmediato. Eso es esencialmente, ser fiel. Por lo demás Raquel no creía en la utilidad de curas confesores, sicoanalistas o amigotas confidentes. Éramos ella y yo, solos en el Universo, herméticamente encerrados -atrapados iba a decir- en la mutua fidelidad. Tenía claro que serle infiel a mi legítima esposa sería serle infiel a todo lo que tiene para mi valor en la vida, especialmente sería traicionar a mis hijos, a los que adoro.

Con palabras como calcadas de las mías en cuanto a la fidelidad al cónyuge se expresó Emilia cuando finalmente fuimos capaces de cambiar unas palabras sobre nuestro asunto, habiéndonos encontrado por casualidad en la cafetería y compartiendo un café. Semejante coincidencia de fidelidades debió poner punto final al tema. Pero no fue así. En realidad, admitir y suscribir la coincidencia la convirtió no en el límite final de nuestra relación, sino, paradójica pero innegablemente, en la condición a partir de la cual nuestra relación sería, de alguna manera, posible. Cosa que, por supuesto, no fue clara ni evidente para nosotros en aquel momento. De hecho, jamás hubiéramos sido capaces de imaginar, en aquel momento, las formas imprevisibles en que una relación prohibida puede llegar a desarrollarse. De aquel mutuo pedido de disculpas nos separamos aliviados, seguros de que recuperaríamos, para lo poco que interactuábamos en el trabajo, las maneras formales y cordiales que correspondían.

Llegó el verano. Me tomé las vacaciones en enero y Emilia se las tomó en febrero, de manera que no volvimos a vernos hasta comienzos de marzo. Con el comienzo de los cursos y otras actividades de los chicos, poca atención se presta a lo que no sea encaminarlos adecuadamente. Juro que en esos dos

meses y pico en ningún momento pensé en Emilia. Como que la perturbación, casi molestia, que me significaron los cruces que tuvimos y sus consecuencias, hubiera sido suficiente como para borrar el asunto de todos mis archivos mentales. A ella, supe después, le pasó lo mismo.

Yo, que soy híper analítico, propenso a preguntarme y repreguntarme acerca de todo de manera de estar siempre seguro de mis convicciones, de estar siempre pisando tierra firme en el asunto que sea, ni por un minuto me paré a pensar qué había sido toda esa cosa con Emilia, si habían sido sólo torpezas de seres por demás distraídos, o si había algo más. Hasta que llegó la primera reunión del año de gerencias y direcciones, convocada con la finalidad de ratificar las agendas y los presupuestos previstos para el ejercicio que comenzaba. La mesa de sesiones es para veinte ejecutivos, y los lugares que ocupábamos Emilia y yo eran los más distantes. Pero desde el mismo momento en que la vi sentí un golpe de calor en la cara y me sudaron las manos, tal y como le sucedería a un farsante que sabe que inevitablemente va a ser puesto en evidencia.

Emilia abrió su carpeta sobre la mesa y luego me miró directamente a los ojos. Su mirada amarró e inmovilizó a mi mirada. No se me ocurre una manera más gráfica de decir lo que sucedió. No hubiera quedado más congelada mi mirada si en el otro extremo de la mesa se hubiera sentado el mismísimo Papa. Pero una mirada por sí misma no dice nada, no es más que un par de ojos abiertos. Es una mirada en su circunstancia precisa la que lo dice todo. La mirada de Emilia me decía: "Y entonces ¿qué?". Y luego, por el mero hecho de seguir mirándome fijamente, me decía: "¿Vamos a seguir haciéndonos los idiotas?". Revolviéndome como una bestia atrapada, como con los dientes, de tan grosero que fue mi gesto de girar la cabeza y mirar hacia la ventana, corté las amarras que me sometían a su mirada. Pero el minucioso olvido en el que había recluido a Emilia se había derrumbado como un castillo de naipes. Me confesó, cuando después hablé con ella el asunto, que lo mismo que me pasó a mí -el derrumbamiento del olvido y de la pretendida indiferencia- le había sucedido a ella al entrar en la sala y verme. Y las preguntas con las que me había acorralado con su mirada, eran las mismas que, ordenando mis papeles de trabajo, quedé haciéndome a mí mismo, asumiendo dócil e inevitablemente,

y para mi sorpresa casi con alivio, el total cambio de perspectiva que Emilia había decretado para nuestra relación.

Sin cambiar palabra ambos supimos durante esa reunión que, en el tiempo transcurrido desde nuestros cruces, no habíamos, en realidad, avanzado ni un solo milímetro en la dirección en que quisiéramos haber avanzado, o sea, cortando de cuajo aquel comienzo absurdo de relación. Tan instantánea y aplastante comprobación me produjo una sensación de desazón, de derrota, pero también me dijo que entre Emilia y yo había algo especial, algo... precioso, invaluable en los términos y en las escalas en que se quisiera valorarlo, y que, por terrible tarea que nos pareciera, de aquí en más iba a ser nuestra responsabilidad ineludible darle a aquello “precioso” la mejor vida que le pudiéramos dar. Esa noche en la cama junto a Raquel ya dormida, sin poder conciliar el sueño di en recordar los remotos días de la catequesis escolar y llegué a la conclusión de que lo que sentí esa mañana en la sala de sesiones debe de haber sido similar a lo que sintió la Virgen María durante la Anunciación. Lo digo con todo respeto, y salvando las distancias, desde mi... ¿cómo decirlo?... vulgar ateísmo.

Al otro día, temprano, golpee suavemente en la puerta de la oficina de Emilia.

-Sí, adelante, dijo, y entré.

Ni saludo, ni sonrisa protocolar u otra, ni sorpresa. Simplemente dejó la lapisera sobre la planilla en la que estaba trabajando y acomodó la espalda contra el respaldo de su sillón. Me senté en la silla del otro lado del escritorio. Nos quedamos mirándonos, a decir verdad, con cara de pocos amigos. Como si nos hubiéramos decepcionado mutuamente. Me apretó la garganta la sensación de que, apenas aquello empezara a hablarse, estaríamos ingresando en el terreno de lo inevitable, de lo ineluctable, del destino en el que cualquier tropezón puede lanzarnos de cabeza en el abismo.

-No me parece que este sea el lugar adecuado para... conversar, dije, y me sonó como a película con gánsters que negocian algo ilegal... que era

precisamente lo que estábamos por hacer: negociar algo que si no ilegal, era por lo menos algo ilegítimo.

-No, no lo es, dijo suavemente, muy tranquila, y creo que con esas palabras y esa actitud fue que empecé a conocerla.

Emilia era una mujer sencilla y tranquila, incapaz de maldades, mentiras o componendas. Ajustaba perfectamente para el rol de esposa y madre, y en nada para el rol de amante, adultera o femme fatale. Me pregunté si ella me vería de la misma o similar manera. Pensé que ojalá así lo hiciera, que así me gustaría que me viera. También me pregunté qué era lo que me atraía en ella, aparte de la imagen de decencia que proyectaba. No supe darme por el momento una respuesta precisa, pero sentí, para mi sorpresa sin sobresalto, que no habría manera en el mundo en que pudiera eludir la atracción que sentía.

-Tendría que ser, entonces, fuera de las oficinas, dijo.

-No sé en qué estás pensando, pero hay que tener claro que esta es una ciudad pequeña y que en cualquier lugar que nos encontremos podríamos ser vistos por gente que nos conoce.

-Pero... es sólo conversar.

-No me imagino dónde.

-Puedo pensar en algún lugar donde no corramos el riesgo de ser vistos.

-Está bien, pero no vengas a decírmelo. Llamame por el interno.

Tenía razón. Ni mi interno ni el suyo tenían extensiones. Nadie podía escuchar lo que hablábamos. Los celulares, sin duda, eran más peligrosos. Nadie me vio entrar ni salir de su oficina. Mejor así. Admiré su prudencia. Estaba claro que ni yo ni ella estábamos dispuestos a correr el riesgo de lastimar nuestra vida familiar. "Menudos amantes podríamos llegar a ser" pensé de regreso a Diseño. Pero de inmediato me corregí: no, nunca seríamos amantes, no con lo que amantes conlleva de ilegítimo, de clandestino. Ni yo la arrastraría ni ella me arrastraría a las tristezas y miserias del adulterio. Pero ¿entonces? ¿Qué? ¿En qué estábamos embarcándonos? ¿De qué se trataba?

Pasaron muchos largos días en que me dejé ganar por el temor, por la paranoia, por la convicción de que apenas nos encontráramos fuera de las oficinas nos descubrirían, se sabría lo nuestro y nuestras familias estallarían, inevitablemente enchastradas para siempre. Nos guste o no nos guste así son las cosas hoy por hoy: se confunde la solidez del lazo familiar con la fidelidad a la pareja. Yo mismo los confundo y me cuesta trabajo pensar que las cosas pudieran ser de otra manera. La cultura mediática insiste en que la tendencia de las parejas hoy es a ser abiertas. El objetivo de esta prédica más o menos encubierta supongo que es terapéutico: aportar para que la gente viva más libre sus deseos, con menos frustración y estrés. Pero la gente que yo conozco, la gente de mi edad, y de mi cultura, y de mi clase social sigue pensando con el viejo esquema, y sólo se permite ser infiel de manera casi criminal, tortuosa, cargada de culpa, delincuente. De todas maneras... mi intención no era en absoluto arrastrar a Emilia al adulterio. Simplemente me parecía y también a ella, aparentemente, que era necesario que habláramos, que sería indigno hacer como si lo que nos pasó fuera una especie de demencia fugaz. Teníamos que hacernos cargo de lo que pasó y transar una manera de volverlo inocuo, de evitar las consecuencias negativas que eventualmente generaría ignorarlo. El problema era la paranoia, el que se nos descubriera y se nos tomara por lo que no somos y no tenemos intención alguna de ser.

Después de darle ochenta mil vueltas terminé por adoptar la solución extrema, pero que me pareció realmente segura. Alquilé por tres meses -plazo mínimo que me ofrecieron- un monoambiente amueblado a dos cuadras de la oficina. El edificio estaba recién terminado y tenía pocos apartamentos ocupados. Tenía estacionamiento subterráneo del que alquilé también dos lugares. Llamé a Emilia por el intercomunicador y le comuniqué la novedad. Respondió con un gran silencio, porque obviamente que, como yo, estaba en la paranoia.

-Quizá exageré, dije. Pero es seguro que ahí podemos conversar en paz.

-Puede ser, dijo finalmente. Pero si se sabe que alquilaste un apartamento para vernos ¿quién va a dudar de que somos amantes?

-Bueno, yo nomás pensé que era suficientemente seguro. Por supuesto que más seguro sería encontrarnos en otra ciudad.

Suspiró y no dijo nada. Me irritó un poco. Ser prudentes estaba muy bien, pero la prudencia llevada más allá del extremo ¿a qué conduce?

-Emilia, dije tratando de sonar paciente y convincente. La idea es que hablemos, analicemos, salgamos de malentendidos que nos afectan, pongamos las cosas en su lugar. No se me ocurre una manera más segura de hacerlo.

-Sí, de acuerdo, en eso quedamos... Dejame pensarlo un poco, te hablo mañana.

El día siguiente no me llamó. Esperé su llamada no sin ansiedad, todo el día, y al final, frustrado, me dije que yo, de buena fe, había hecho lo necesario, y que si ella, por temor, eludía la responsabilidad, yo no podía obligarla. Frustrado o no, tal razonamiento me serviría de consuelo. Asunto terminado, entonces. No nos veríamos más y lo nuestro nunca sería ni tan siquiera hablado. Lo que hubiera de precioso entre nosotros, moriría al nacer. No hay paz más perfecta que la de los cementerios.

El día siguiente, un jueves, finalmente llamó.

-Esto es muy difícil para mí, dijo. Ya sé que no es así, pero siento como si me estuvieran obligando a hacer algo que está mal.

-Yo no te estoy obligando a nada.

-Por supuesto que no. Es el mundo, la gente, las cosas como son...

Callé. No sabía qué decirle.

-Pensé en cambiar de trabajo..., dijo.

Corté sin más su argumento.

-Eso es absurdo... es cobardía rayana en la demencia, dije, mostrándole con mi tono de voz mi impaciencia. Y no serviría de nada. Yo te buscaría o vos vendrías a buscarme.

Mis palabras eran fuertes. Fui el primero al que sorprendieron. Desocultaban lo que fingíamos ignorar, o sea que el asunto era serio, y que no zafaríamos con dilatorias ni con evasivas.

-Esto... en mi vida... es algo muy pesado, balbuceó, sintiendo la presión. No lo necesito..., musitó.

-Yo tampoco, dije un poco demasiado tajante. Voy a dejar en tu buzón un sobre con la dirección, la llave del estacionamiento y la del apartamento. ¿Te parece mañana? ¿En la hora del almuerzo o a la hora de la salida?

Teníamos una hora libre para almorzar. Lo pensó, consciente por mi tono de que, si intentaba darle largas, probablemente sería el final de lo nuestro, y que, si daba una respuesta, de alguna manera implicaba consentimiento y compromiso para lo que pudiera llegar a pasar.

-A mediodía, dijo, y colgó.

Llegué unos minutos antes. El apartamentito tenía muebles vulgares y baratos: una cama doble, una mesita, dos sillas, un perchero. Era un lugar como para estudiantes del Interior o para bulín. Preparé té. Sonó el timbre. No podía ser ella, puesto que le había dado la llave. Espié por la mirilla: era ella. Abrí la puerta, pero no entró. A un paso de la puerta aun dudaba. Me miraba como desde lejos, como se mira un recuerdo. No dije ni ella decía nada. Me pregunté si había ido hasta ahí para decirme que mejor no. Inmóviles, sin viento que nos moviera, como el velero en aquella novelita. Ella sin dar el paso, sin traspasar el umbral, la puerta abierta, y yo a un lado para dejarla pasar. Quizá es debido a todos esos segundos sin tiempo, vaciados de tiempo, que recuerdo con tanta precisión su apariencia: zapatos negros de tacón bajo, medias de nailon oscuras, falda negra que deja ver sus rodillas, cartera de cuero, de señora, cárdigan largo, beige, su pelo oscuro, casi negro, lacio, cayendo sobre sus hombros, con la raya al medio, su rostro pálido, casi delgado, serio, casi

inexpresivo. Dada su apariencia podría proyectar elegancia, pero no era elegancia lo que proyectaba, aunque tampoco se veía como una rústica. Se veía como una mujer sencilla, que no pretende proyectar algo que no es, con el tipo de sencillez que hace que se vea ridícula toda actitud o presentación artificiosa.

Emilia no era delgada, al contrario, su cuerpo era firme y generoso, pero me daba la impresión de que podría llegar a serlo: un disgusto importante, exceso de trabajo o preocupación, una depresión. Uno puede acumular detalles infinitamente al intentar describir adecuadamente a una persona. El chiste de describir no es la perfección del retrato sino el placer que da ir incorporando detalles que, al precisarlos, se nos vuelven entrañables, deliciosos. Es lo que he sentido tratando de describirla. ¿Emilia era hermosa? Como dije no lo era en el sentido de que los hombres se vuelvan para mirarla. Era el tipo de gente que gusta de pasar inadvertida, pero en ella no había nada feo, y había armonía, y había una especie de quietud profunda y contagiosa que invitaba a la ternura. Ahora, reviviendo aquellos segundos eternos, sin tiempo, conociéndola quizá profundamente, creo saber por qué no entraba al apartamento. No porque le diera miedo o desconfianza mi presuntamente disimulada avidez sexual. No. Sin lugar a dudas sé que, perceptiva como era, se dio cuenta desde el primer momento de cómo la pureza de mis sentimientos y mi sentido clasemediero de la decencia, me hacían inofensivo. A lo que temía era a la fuerza, que desconocía pero que seguramente intuía, de su propio e inesperado deseo de mí. Temía que dar ese paso cruzando el umbral la pondría no en mis manos sino en manos de un deseo que no sabía si sería capaz de controlar.

-Emilia..., dije chistoseando. Me hacés sentir culpable de las peores intenciones, de presunto rapto con violación.

No pudo sino sonreír, y, como si recién en ese momento la puerta se abriera, entró al apartamento. Recuerdo que, sensato y pragmático como soy, me sorprendí pensando, literalmente: ahora este ya no es un lugar cualquiera, es nuestro lugar. Pero ¿qué hacen un hombre y una mujer cuando han encontrado su lugar, el lugar que deseaban, en el que pudieran estar por completo al margen del mundo? ¿Qué van a hacer en la pausa del mediodía un hombre y

una mujer a un apartamentito en el que una gran cama domina el espacio? Ambos nos preguntábamos si seríamos capaces de estar ahí de una manera que contradijera lo que sugerían, no sin sarcasmo, todas las evidencias. Estamos aquí, pensé, para explicarnos por qué pese a los sucedidos, en los que no intervino la voluntad, que sucedieron porque sí nomás, porque lo que es, es... pese a los sucedidos, digo, lo nuestro es y seguirá siendo imposible.

Con el aire acondicionado encendido el pequeño espacio estaba por demás caldeado. La ayudé a quitarse el abrigo y me saqué la chaqueta. Serví té con galletitas y nos sentamos a la mesa.

-Buen té, dijo, catando el aroma sobre la taza.

-Las galletitas son mis preferidas.

Pero era difícil no tener presente, a menos que tuviéramos puestas anteojeras para caballos, que desde el lecho, ahí a pocos pasos, porfiadamente, nos llegaban sugerencias que hablaban sin pelos en la lengua a nuestro deseo y, lo quisieramos o no, terminarían por poner en evidencia nuestra humana debilidad. Entonces en los ojos de Emilia se formaron lágrimas. No trató de ocultarlas ni de secárselas. Las dejó bajar por sus mejillas teñidas de rubor. Las quería notorias para que dieran testimonio de su estado mental. No me vinieron lágrimas a los ojos, pero comprendí que, si fuera más capaz de entregarme a mis sentimientos verdaderos y profundos, tal cosa, en ese momento, hubiera podido suceder.

-¿Qué pasa?, le pregunté.

Sacó finalmente un pañuelito y se secó las mejillas.

-No te lo podría explicar, dijo.

Extraño tiempo verbal eligió. Al parecer había condicionantes para poder explicar sus lágrimas.

-¿Por qué no me lo podrías explicar?

-No podría hasta tanto nos digamos lo que vinimos a decirnos.

-Muy bien, te escucho.

-¿Yo primera entonces?

-O yo, si lo preferís.

-No, no, está bien..., dijo, pero quedó callada mirando su taza, como si el té también dejara posos y ella supiera interpretarlos. Habló finalmente, con la voz temblorosa, como si estuviera forzándose.

-Podrías intentar... intentarlo...

Buscaba la palabra justa, temible, casi terrible, pero justa. Pero si la encontró no la dijo.

-Yo no trataría... no podría... no sabría... impedírtelo.

Para cuando terminó de sacar aquello las lágrimas fluían otra vez en sus ojos. Comprendí que para Emilia asistir a esta cita había, sin duda, significado una lucha interior agotadora. Había tenido razón entonces al interpretar su dificultad para cruzar el umbral del apartamento como temor a ceder al deseo de la entrega. Pero ¿y entonces? La coincidencia, con palabras como calcadas, con que nos habíamos declarado ambos incapaces de infidelidad ¿no significaban nada? ¿Habían sido reducidas a polvo por la fuerza del deseo que había crecido día a día hasta hacerse irresistible? No, para mí no era así, y para ella seguramente, en lo profundo, tampoco. Pero entonces ¿por qué había dicho lo que había dicho, o sea, que no sabría impedirlo? Creo que por solidaridad, para consolarla por su lucha y por su dolida confesión, a pesar de estar totalmente seguro de que yo no cedería a la tentación de la infidelidad, no supe sino responderle en espejo.

-Vos también podrías intentarlo, y yo tampoco trataría de impedírtelo.

¡Barbaridad! ¿Qué si se lanzaba a intentarlo? ¿Qué haría yo? ¿Despertarla de su locura con una bofetada o lanzándole un vaso de agua fría en la cara? Me miró a los ojos, sorprendida por mis palabras. Vi que en sus labios palabras pugnaban por formarse, pero no llegó a decirlas. En cambio, dejó que las lágrimas bajaran otra vez por sus mejillas. Comprendí lo que esas lágrimas expresaban. Expresaban un sentimiento de pérdida. En nuestros simétricos ofrecimientos de entrega Emilia veía, paradójicamente, la confirmación de que no seríamos infieles. Y la no entrega la desgarraba. Por lo mismo que me

desgarraba a mí. Porque significaba que nuestro mutuo deseo, la percepción que cada uno tenía de que en la posesión del otro residía la posibilidad de una verdad insólita, de una epifanía que todo lo cambiaría de manera definitiva y sublime, no tendría lugar en este mundo, en esta vida, de que su posibilidad se perdería, que había sido algo así como un gasto fabuloso e inútil, sin sentido. Estábamos, pues, atrapados entre el deseo y su imposibilidad. Inevitablemente. ¿La negativa consciente e implacable de ambos a ser infieles podía ser compensada de alguna manera? ¿Con una fidelidad a la perdida quizás? ¿Con un sufrimiento callado y eterno hasta llegar al puro hueso del sufrir? ¿El puro hueso del sufrir podía redimirnos de la atrocidad de la perdida?

Sin duda que este imprevisible cruce de los caminos de la vida con Emilia, y el quedar obsesionado al respecto con qué hacer, cómo actuar de manera de rescatar la maravilla sin hundirnos en la indignidad, me había tenido muy tenso, porque de pronto las lágrimas que no habían tenido mis ojos en quién sabe cuántos años, finalmente acudieron. Y su mirada, prendida de la mía las vio soltarse y resbalar sobre mi piel. Emilia entonces se puso de pie y abrió los brazos convocándome al abrazo. Su cuerpo, blandamente apoyado contra el mío, de norte a sur y con todos los detalles, fue para mí la materialización misma de un cuerpo celestial. Ella debe de haber sentido lo mismo porque se le escapó un suspiro de los que sólo pueden querer decir "Sí, esto es". No sé cuántos minutos estuvimos así, ella colgada de mi cuello y yo tomándola apenas por encima de la cintura. Al separarnos me miró los labios, como si otra vez hubiera sentido la tentación o la necesidad de besarlos, pero no lo hizo.

Nos sentamos, bebimos más té y comimos galletitas.

-Ricas galletitas, dijo.

Sacó de la cartera un pequeño álbum de fotos y me lo dio. Yo saqué de la billetera las fotos que llevo conmigo de Raquel y de los chicos. Su marido, de pelo largo y enrulado, recogido en una colita, con barba de candado, me pareció alguien fuerte y frágil, y bueno a rabiar, como casi todos los hombres, como yo, supongo. Las niñas se veían encantadoras, pícaras y dulces, una seriecita y la otra notoriamente una alborotadora. Ambos sonreímos, de alguna

manera, quizá, un poco aliviados. Puse mi mano sobre la suya, cerré los ojos y fingí ser un médium en estado de concentración profunda.

-Mmm..., hice.

-¿Qué ves?, preguntó siguiéndome el juego.

-Veo... horizontes amplios, infinitos, cielos sin techo, mares sin fondo... lo que no veo es por qué no nos conocimos antes, por qué mi reino no es tu reino y tu reino no es el mío...

Puso su mano sobre la mía, como pidiendo turno para contestar.

-Pensar así no nos va a llevar a ninguna parte, dijo.

-¿Qué nos podría llevar a alguna parte? ¿Y a dónde sería?

-No lo sé. Hoy me siento feliz por el paso que dimos, y por cómo lo dimos.
Mañana, no sé.

-Quizá haya alguna manera de darnos el uno al otro no siendo infieles.

Sonrió dulcemente, acariciando mi mano.

-No pienso resistirme, repitió, y su repetición no era banal. Me decía que estaba realmente decidida a no resistirse.

El tiempo había estado deslizándose, artero como una serpiente. Emilia fue al baño y yo enjuagué las tazas y guardé las galletitas. Nos pusimos los abrigos y nos abrazamos en silencio y delicadamente, como para no despertar a un niño dormido. Respiramos mutuamente nuestros aromas como para llevárnoslo en lo profundo de los pulmones. Sin intención alguna mi mano se posó, más allá de la cintura, sobre el nacimiento de sus nalgas. Sentimos la electricidad sensual recorriendo nuestros cuerpos. Se apartó un poco y me miró a los ojos, sin protesta, sin resistencia. No retiré la mano. El levísimo, casi inexistente contacto seguía incendiándonos blandamente. Apoyó sus labios sobre los míos para un beso tenue, tierno, seco, sin humedad, y sobre todo fugaz, como el del ascensor. No pedí más. La idea monstruosa del adulterio me agarrotó la garganta. Emilia se desprendió de mí como se retira el mar sobre la playa antes del tsunami. Abrió la puerta y salió. No sé cuánto tiempo estuve mirando

la maldita puerta, con la respiración contenida, esperando que, de pronto, Emilia reapareciera y me abrazara pegándose a mi cuerpo con tal fuerza como si fuera ya imposible despegarnos.

4

Mucha agua corrió bajo los puentes antes de que volviéramos a estar solos, suficiente como para lavar en el cuerpo y en el alma todas las tentaciones. Tengo la intención de nada decir de mi interna familiar a menos que sea inevitable. En esta primera instancia nada cambió. Me descubrí la capacidad - creo que todos la tenemos- de mantener separados ambos mundos cuando el acercamiento puede ser traumático. Como si simplemente se tratara de accionar un switch. Deseé que esto siguiera siendo así. Realmente no sabía lo que haría si la relación con Emilia, aun cuando no incluyera la infidelidad, terminaba por contaminar mi relación con Raquel. Para ser preciso diré que pude rendir el débito conyugal con la misma intensidad y la misma ternura de siempre. Cuando en soledad meditaba el asunto, tanto como me parecía imposible compartir a una mujer con otro hombre, me lo parecía ser compartido yo por dos mujeres, y si esto era lo que estaba sucediendo, tal cosa se debía a que estábamos anclados en la absoluta negativa a la infidelidad. Si abandonábamos esa premisa, la situación, al menos en mi mente, no podría sino devenir en caos y catástrofe. Por supuesto que, no dudando que Emilia también cumpliría con el débito conyugal, no podía sino preguntarme si para ella funcionaría también el tema del switch. Cuando no pude darle más vueltas al asunto, apaciguado quizá el deseo por el paso de los días, y convencido como estaba de que no cruzaríamos los límites de la decencia, disqué el interno de Emilia.

-¿Estás bien?, le pregunté.

-Sí, dijo sencillamente, y me pareció, con alivio, que en su voz no había angustia ni tensión.

-¿En serio?

-Sí, repitió, un poco como riéndose de mi preocupación.

-Bueno... yo también estoy bien... ¿Nos vemos? ¿Mañana?

-Sí.

Al entrar al estacionamiento vi que su auto ya estaba allí. Se me había adelantado. No pude sino pensar que la ansiedad por verme la ganaba. Al abrir la puerta del apartamento me la encontré parada de cara a la puerta como esperando impaciente mi llegada. Se me hizo evidente que toda la atmósfera de relajamiento y distancia respecto de lo nuestro había sido wishful thinking. Se había quitado el abrigo y tenía un par de botones de la blusa desabrochados. Me miraba con los ojos bien abiertos como si esperara que, sin más, le saltara encima, avanzara y la abrazara y atrapara su boca con la mía, uniéndonos por fin con un beso verdadero. Pero tal vez no era que en su actitud pudiera yo realmente leer tales deseos, sino que deseaba poder leerlos porque, sin siquiera saberlo yo, eran los deseos que latían en mi corazón. Como quiera que fuese, ninguno de los dos dio un paso hacia el otro. Nos quedamos mirándonos como asombrados de que otra vez estuviéramos en nuestro escondite, juntos y solos, contra todas las apuestas y contra nuestra supuesta convicción de fidelidad. Emilia suspiró hondo, como aliviada.

-Ya puse el agua para el té, dijo.

-Traje un par de medialunas rellenas, al fin y al cabo es el momento que tenemos para comer algo ¿no?

-Estoy muerta de hambre, dijo, relajándose lo suficiente como para ensayar una sonrisa.

Puse el paquete sobre la mesa.

-Son de la cantina. Ninguna maravilla, por cierto. Pero no quise perder tiempo yendo más lejos

-A mí me gustan, declaró.

Entonces me acerqué a ella y, sin llegar al abrazo, le besé, algo más que fugazmente, ambas mejillas. Sonrió y alzó las cejas.

-No exageremos, protestó. Podemos besarnos ¿no?

No sé qué me dio. Alguna forma no muy dañina de la estupidez o de la locura, porque dije:

-Mi mujer me besó en la boca hoy de mañana al despedirnos, cosa inhabitual en ella.

Emilia entrecerró los ojos, como un ajedrecista de boliche que estudia la jugada que le plantea su oponente.

-Mi marido también estuvo especialmente cariñoso hoy, dijo finalmente. Y después, algo irritada: ¿Seguimos declarando ahora lo que hicimos o nos hicieron anoche?

Lo recibí como una cachetada.

-Perdón, murmuré.

-Podemos cortarla ahora, dijo, sensata y comprensiva. Cada uno por su lado, sin daño y sin reproche. Si es lo que querés, estoy de acuerdo. Una medialuna para cada uno y si te he visto no me acuerdo.

Me sorprendió, me sacudió. No sabía que pudiera ser firme con sutileza y con humor. Es que nada sabía de ella, ni ella de mí, aparte de que estábamos voluntariamente ahí en nuestro escondite porque no podíamos no estarlo. Di un paso adelante, sin apuro, como para no asustarla, como para que pudiera retroceder si eso quería. No lo hizo. La tomé con ambas manos por la cintura y le di un beso que pronto se hizo húmedo, bañándonos a ambos, estoy seguro, como de la cabeza a los pies con una sensación directamente paradisíaca que quién sabe a dónde nos hubiera llevado de no salvarnos la campana. El borboteo de la jarra eléctrica cesó al estar pronta el agua para el té. Abrimos el paquete de las medialunas.

-Ahora, cuando baje a la cantina, voy a sentir como que Amalia, la cantinera, sabe de lo nuestro, dijo, y otra vez me asombró que pudiera transitar con humor una situación que a mí se me hacía preñada de posibilidades

catastróficas... pero es que en verdad ella estaba en la justa, es decir, su reacción era vital, optimista: puesto que no podíamos evitarlo teníamos que vivirlo, y, como quiera que fuese, en el sentido del placer, y no en el de la agonía, como yo lo hacía. Comprenderlo me puso melancólico. La idea de la fatalidad siempre me puso melancólico.

-¿Por qué estamos aquí?, le pregunté.

Bebió té a sorbitos, tratando de encontrar una respuesta razonable.

-No lo sé, dijo. ¿Vos qué pensás?

-Estamos aquí porque no podemos evitarlo. Si pudiéramos, lo evitaríamos.

-Somos entonces dos personas que se entregan a lo inevitable.

-Quizá no exactamente..., respondí, dubitativo.

-Quizá no exactamente, repitió, pero afirmándolo, como si supiera por qué no exactamente.

Quizá a su manera concisa, casi críptica, me estaba diciendo que sabía que lo nuestro no era inevitable. O quizá... quizá, por el contrario, me decía que - consecuencia de quién sabe cuánta meditación y cuánto anhelo- debiéramos de considerar, o que ella, al menos, estaba dispuesta a considerar, la posibilidad de dinamitar algunos puentes o quemar algunas naves.

Callé, no quise presionarla, no quise obligarla a explicarse. Quizá porque tampoco yo era capaz de pronunciarme, dejé que el silencio ganara la partida. Me pareció de pronto que Emilia estaba agotada.

-¿Querés que descansemos un poco?

-Si, la verdad es que estoy durmiendo poco y mal.

Me senté a un lado de la cama, me aflojé la corbata, me saqué los zapatos y me recosté. No tardó en imitarme. Ambos mirando al techo, suspiramos al unísono. Imposible estar más cerca de la frontera, más cerca de la infidelidad.

-Muchas ganas de siesta, dijo en un suspiro. Y agregó, casi sin voz: Contigo...

Cerré los ojos. Su mano tomó la mía. Lo próximo que supe fue el pip-pip de la alarma de su reloj pulsera. El dulce vértigo de la situación no le impidió poner la alarma en su reloj. Tomé conciencia de que ahí estábamos, acostado uno junto al otro, con su mano sobre la mía.

-Menos diez, dijo, suspirando.

Me puse de costado hacia ella. Me imitó. Sonreía, feliz como si en el sueño hubiéramos cruzado la frontera y, milagrosamente, estuviéramos a salvo, feliz como si de pronto estuviéramos perfectamente legitimados y ya no hubiera nubes en nuestros horizontes. Nos mirábamos con ternura, como si la vida fuera nuevecita y, sobre todo, nuestra. Desabrochó un botón más de su blusa y tomando mi mano la puso sobre su piel. A la hora de la siesta, con tal modorra, con la habitación caldeada y con un estímulo tan directo, sentí que instantáneamente se me disparaba la erección.

-¿Esto está permitido?, pregunté con voz de siesta.

Llevó mi mano debajo de la copa del sostén hasta que tuve todo un pecho en mi mano, con los dedos descansando sobre el pezón. El pezón era un gran botón de piel rugosa endurecido por la excitación. Me sorprendió en su cuerpo delicado un pezón para bocas voraces, un pezón animal.

-Al parecer, hasta aquí está permitido, susurró.

-Mmm... qué suerte, dije.

Oprimí el pecho que me había entregado y Emilia suspiró de placer. Apreté más fuerte, sintiendo que, con mi mano sobre su pecho, la poseía. Cerró los ojos y soltó un gemido, su respiración se volvió jadeo, luego se volvió entrecortada. Hasta que se cortó, por completo, como si ya no respirara. Y de pronto toda Emilia se aflojó, como una marioneta a la que le cortaran los hilos. Nada había tardado en alcanzar el clímax, como si su cuerpo, todo su ser, hubiera estado esperando el mínimo contacto mío sobre su piel íntima para alcanzarlo. Emilia era mía, signifique esto lo que signifique. Había bastado el mínimo contacto para que se estremeciera desde lo más profundo hasta el desborde. Recordé el pasaje bíblico en el que una mujer cree que con solo tocar el borde de la túnica del Salvador estará curada.

-Sos mía, susurré.

-Sí, dijo desde el Séptimo Cielo. ¿No lo sabías?

Retiré la mano olí en ella el aroma de su pecho. Emilia me miraba con una especie de entrega, de mansedumbre... ¿cómo decirlo?... excesivas... como si esperara de mí cualquier cosa, y sobre todo... más que nada... ¿qué?... ¿alguna especie de apocalipsis blando, sensual? ¿la muerte? Sentí que su mirada me atravesaba, que veía hasta lo que yo no puedo ver de mí mismo. No podía dejar de mirarla y no dejaba de decirme con su mirada que esperaba, y deseaba... sin límite alguno. Me asusté, hui de su mirada. Me senté en la cama y me puse los zapatos. Como ella no se movía me di vuelta para mirarla, justo en el momento en que dos lágrimas recorrían sus mejillas. Imaginé, romántico como soy y para no encallar en nuestra real realidad, que éramos como dos adolescentes y que esas lágrimas eran como las de la pérdida de la virginidad. Nada grave en definitiva, quise decirme. Me acerqué y la abracé para consolarla por su primer fracaso en la imposible tarea de mantener a raya al deseo y no ser infiel.

-Es la hora, Emilia, dije.

-Sí, dijo como saliendo de un trance.

Se sentó en la cama, se puso los zapatos. Nos ayudamos con los abrigos. Ella salió primero, rozando mis labios con los suyos como despedida. Estuve varios minutos poniendo orden en nuestro escondite clandestino, ya casi de adulteros. En lo que no podía poner orden era en el carnaval de confusiones, convicciones y angustias que me explotaba en la mente. Después salí yo también, con la erección levantándose todavía el frente del pantalón.

Como dije, mi intención era no hablar de mi relación con Raquel en la medida en que la relación con Emilia no nos afectara. Pero no puedo dejar de decir que esa noche busqué a Raquel para hacer el amor, aunque era martes, que no es uno de nuestros días -nuestros días son el miércoles y el sábado-, y que cuando tuve la erección alojada en su sexo amado, aluciné que estaba penetrando el maldito cuerpo de Emilia. Y alcancé un clímax tan

inesperadamente intenso que si Raquel no adivinó qué sucedía fue porque su confianza en mí era infinita. A punto de dormirme no pude sino pensar que también Emilia tendría sexo con su legítimo, esa misma noche quizá, o la noche del día siguiente, y que al sentir en su vientre la erección de su marido alucinaría seguramente, al menos por un momento, que era yo el que la empujaba hacia el orgasmo. ¿No era esto ya la infidelidad tan odiada y tan temida? Por la tarde con la mano la había llevado al orgasmo, y por la noche nos habíamos poseído utilizando los cuerpos de nuestros legítimos cónyuges. A partir de ahora ¿tendríamos que contar como propios, de Emilia y míos, los orgasmos que tuviéramos con nuestros cónyuges? No podía dormirme tratando de responder a esta pregunta sin respuesta posible en el mundo de la sensatez y de la dignidad. ¿Era posible sostener así una especie de sistema cruzado de placeres vicarios? La verdad era que o bien retrocedíamos y encallábamos para siempre en la total fidelidad, o habríamos de dar los pasos que nos faltaban para devenir definitivamente infieles. A esta altura de las cosas, para mi desesperación, ninguna de las dos opciones me parecía posible. Empecé a pensar en cambiar de trabajo, o de ciudad, o ¿por qué no? de país. Sólo este tipo de delirio terminal me permitió conciliar el sueño.

5

La mañana del día siguiente fue insoportable. Haber utilizado el cuerpo de Raquel como si fuera el de Emilia fue demasiado. Me sentía sucio, corrupto, perverso, traidor. El switch no había funcionado. Se me hizo claro que esta perversión, este mancillar el cuerpo sagrado de mi legítima esposa, de la madre de mis hijos, para liberarme del deseo desatado al compartir el lecho clandestino, aquello era lo peor imaginable y era demasiado para mí. Mucho más sano y honesto, pensé, era no mezclar, darle a cada una lo suyo por su lado, no caer en la promiscuidad, o sea, intentar la infidelidad bien regimentada y dosificada. Pero eso significaría finalmente aceptar la derrota, asumir que el ideal de la fidelidad para mí era imposible, derrumbando así uno de los pilares de lo que hasta entonces había considerado la base de la felicidad auténtica, lo

indispensable para vivir una vida -perdón por la expresión- santa. Que es aquello a lo que, consciente o inconscientemente, uno aspira.

Estuve varios días ignorándola, resistiendo la fuerza de su imán. Finalmente fue ella la que llamó.

-¿Nos vemos?, preguntó con una voz que quizá expresaba una cierta ofensa por mi desapego.

-Sí, nos vemos.

No pude decirle por teléfono "No quiero verte más". No pude no sólo por una cuestión de elemental respeto. No pude porque no pude. Lo intenté y las palabras no salieron de mi boca. Hubiera querido poder, y acabar de una buena vez con todo el asunto. Pensé que lo haría cara a cara.

-¿Hoy?

-Sí, hoy.

Otra vez llegó antes. Abrí la puerta y estaba sentada en los pies de la cama, mirando al piso.

-Perdoname, pero no puedo seguir, dijo simplemente.

Sus palabras se me clavaron como puñales. Sólo en ese momento, realmente dichas, y no como cuando yo fantaseaba con decirlas, comprendí lo terrible que eran esas palabras. No vernos nunca más. Fue como si un abismo se hubiera abierto bajo mis pies. Evidentemente las cosas habían sido tan malas para ella como lo fueron para mí. Había de seguro copulado conmigo utilizando el cuerpo de su marido, y no pudo soportarlo. O quizás no pudo tener relaciones y terminó por confesarle a su marido la verdad. Como quiera que fuese, para ella había sido el final de lo nuestro.

-Perdón, repitió, sin mirarme.

Por pura amargura me dio por ser cruel.

-Yo te perdonó. Y vos me perdonás. Nos perdonamos no ser capaces de asumir esa cosa que nos sucedió, y que no es algo sucio e indecente, sino algo

luminoso, bello con la belleza de lo puro. Somos, pues, incapaces de lo puro, sólo sabemos convertirlo en algo sucio y culpable.

-Basta, dijo, y se tapó la cara con las manos.

Pero seguí adelante. Ahora sólo servía ir hasta el final.

-Si vamos a ser fieles a la fuerza te pido que tengamos un momento de debilidad total, de darnos el uno al otro, de manera que la violencia de la separación se justifique, para que la espada que nos separe sea la espada santa de la justicia.

-No, no, dijo mirándome, mostrándome en su rostro toda la angustia.

Al ver su sufrimiento sentí no sin horror una cierta satisfacción. ¿La estaba torturando por gusto, por puro placer, porque sabía que cedería a la entrega, aunque yo gritara, y más aun porque lo gritaba, que no era eso lo que quería?

-¿Qué decís? ¿No entendés que si cedemos ahora ya no hay marcha atrás? Tu espada de la justicia no podría ya cortar el vínculo que nos une. Tendríamos que vivir una vida de adulterio, o destruir nuestras familias.

La confusión y el mareo me ganaban más y más, estábamos atrapados sin escapatoria posible. Me senté a su lado.

-Estuve pensando en irme del país con mi familia. La distancia terminaría por aniquilar lo que nos une.

Me miró y en su rostro de mujer sensata y equilibrada, de esposa y madre y profesional brillante, floreció una sonrisa mustia, amarga.

-Lo que nos une terminaría por aniquilar la distancia que pusieron. Te traerían de vuelta, enfermo de distancia, o me llevarían, enferma, a tu lado.

Quedamos callados, aplastados por todo lo dicho. Nuestro escondite había devenido cámara de tortura. Encerrarnos allí a padecer una fidelidad que sabíamos imposible era darnos a la tortura. Sólo algo impensable podía salir de eso. Y fue lo que efectivamente sucedió.

De pronto Emilia, como dominada por un arrebato, separó las piernas, tomó mi mano, la metió por debajo de la falda y la plantó sobre su entrepierna. La vulva

me pareció abultada, y empapaba completamente el algodón de la bombacha. Soltó un suspiro que me pareció feroz y presionó mi mano contra su cuerpo.

-¿Cómo podés sufrir y estar tan... caliente?

-Callate, callate, exigió con la voz súbitamente áspera, violentada por la excitación.

Con el dedo medio, a través de la tela, separé los labios de su sexo. Su mano, inesperadamente poderosa no soltaba mi mano, como si temiera que huyera.

Para mí aquello era fácil, yo no estaba cediendo, ella me estaba violando. Pero nos mirábamos a los ojos como si a la vez estuviéramos siendo invadidos por la misma locura. Emilia jadeaba, masajeándose la vulva con mi mano. Todo se estaba yendo incontrolablemente al infierno. Lo que nuestras conciencias morales nos exigían aparentemente ya no contaba para nada.

-¡No!, grité, arranqué mi mano de su dulce cautiverio y me paré.

Fui hacia la puerta, pero no como para abrirla, sino como para atravesarla, choqué con la puerta como un juguete a cuerda y me volví. Emilia me miraba, con los ojos muy abiertos, literalmente fuera de sí. Su mano permanecía entre sus piernas abiertas.

-Vení, pidió con un hilo de voz.

No pude moverme.

-No, Emilia, dije. Nos estamos yendo al infierno. Estoy abusando de vos. No es esto lo que queremos.

Eso argumenté, hipócrita, con la erección pugnando por hacer saltar los botones de la bragueta, consciente de que aquello seguiría adelante, que había llegado el momento. Sabía que estaba miserablemente jugando con ella al gato y al ratón, torturándola, haciéndola rogar por aquello que yo sabía que no podía no darle. Pero ¿por qué lo hacía, si yo realmente no quería que cruzáramos la frontera de la ignominia...? ¡Pero es que era eso! Era el placer de torturarla, de hacerla rogarle que la tomase, lo que paradójica y oscuramente me hacía ceder, olvidarme del voto innegociable de fidelidad. Aquello me parecía un sendero tortuoso que no podía conducir a ninguna forma de la felicidad. Pero

no había en mí fuerza alguna que me impidiera recorrerlo. Emilia se tomó la cabeza con las dos manos como si temiera que le fuera a estallar, y se dejó caer sobre la cama ovillándose, cerrándose como para evitar que algo incontenible abandonara su cuerpo. Entonces comenzó a temblar, a estremecerse, y de su garganta escapó un gemido que era a la vez de placer y de lamento, y quedó inmóvil.

Me sentí cobarde, torturador. La había castigado porque no pudo controlar su deseo. Como si yo pudiera... Me tendí junto a ella y la abracé por la espalda. Sollozaba quedito.

-Basta que estés delante de mí para que se me encienda el cuerpo..., dijo. No hace falta que me toques, ni que yo me toque, es como una plantita que crece en mi sexo y se ramifica por todo mi cuerpo y llega a mi cerebro y ya no sé más que hago... No importa lo que yo quiera o piensa o decida, basta con tu presencia para que no tenga más voluntad que no sea la de entregarme a vos. Y yo no quiero esto. No quiero esta mutación. Quiero volver a mi vida. Es mi vida lo que quiero.

Suspiró hondo y calló.

-Perdón, dije. Perdoname por causarte semejante cosa, por gozar de tu deseo, de tu incapacidad para controlarte, perdóname por torturarte negándome.

Entonces me di cuenta de que, sin intención de hacerlo, tenía la erección apoyada contra sus nalgas, de hecho, empujando suavemente contra sus nalgas. Sin darse vuelta Emilia tendió su mano hacia atrás y encontró el bulto. Lo empuñó por encima de la tela del pantalón. Lo masajeó con mano firme, y sin apuro, segura de que sin necesidad de más me llevaría hasta la crisis. Estuve a punto de rechazarla. Ceder era entregarme un poco más, quebrar un poco más el equilibrio entre lo que deseaba y lo que no quería hacer. Pero pensé que ceder era lo que podía hacer para compensarla por mis cobardías y mis hipocresías, y la dejé hacer. E hizo. Con su tironeo modoso de la erección pronto me tuvo en un punto en el que deseé desnudarla para que la tocara. Y también quise que se remangara la falda, se quitara la bombacha y me invitara a penetrarla. Y entonces sí, el apartamentito devendría un rincón del Paraíso, y desapareceríamos el uno en el otro, y ya no tendríamos que regresar al mundo

para enfrentar las consecuencias de nuestros actos. Pero no lo hice, no desnudé mi piel íntima. Tenía que ser así: cubiertas nuestras desnudeces, avergonzados, separados, aunque sólo sea por nuestras vestimentas. Así, pero por lo menos tendríamos unas gotas, las más amargas, de toda la dulzura que nos había sido absurdamente concedida, y cuyo goce total tendríamos que seguir negándonos. Sentí que fluía de mi un torrente dulce y amargo de luz y de vida, y solté esa risita tan fácilmente confundible con una especie de llanto. Apoyé la frente contra su espalda. Llenándome con el aroma de su cuello, oliendo la mano con la que se cobró la deuda, nos dormimos. Nos despertó la alarma del reloj de Emilia. Siempre la activaba. Calculaba que una hora de estar juntos estaríamos tan en las nubes que se nos pasaría la hora de volver a la oficina. Quizá Emilia ya no podía controlar el deseo de mí, pero por lo menos eso no le impedía seguir siendo, en todo lo demás, una mujer sensata y meticulosa.

-Emilia..., susurré desde la modorra. No hemos hablado.

-Un poco sí, respondió. Pero ahora ya no podría decirte nada que tenga sentido.

Y después, con sencillez y apenas musitándolo, dijo:

-Ahora lo que quisiera es haber bebido el semen que derramaste.

-Yo no lo derramé, protesté. Vos lo derramaste, dije, parodiando que la acusaba.

Suspiró hondo, y dijo, satisfecha:

-Pero bueno, cumplimos con la dosis de infidelidad que por hoy podíamos prometernos.

Me sonó como a que tenía planificado cuidadosamente nuestro avance hacia el desastre. Pero no era así, por supuesto ¿qué planificación podría haber tenido en cuenta el laberinto de pasiones, de goce y sufrimiento, en el que estuvimos atrapados durante toda una hora? Emilia se puso finalmente de pie.

-Tengo hambre, voy a pasar por la cantina, dijo al salir.

Estuve en el baño lavándome. El agua estaba helada. Sí, habíamos sido débiles. No mucho, sólo como dos adolescentes que descubren paso a paso el País de las Maravillas que se extiende por debajo de sus vestimentas. Pero la mano de Emilia había bastado para cargar a mi cuerpo de una magia feliz, que me preservó del embate de la culpa, no sólo durante toda la tarde de trabajo, sino también por la noche al volver a casa.

6

Otra vez los días me parecieron demasiados, y demasiado largos. No lo proponía, pero estaba pendiente del próximo encuentro. La magia feliz no había tardado en apagarse y en mi mente renacía poco a poco la decisión de acabar con aquello. Después Emilia me dijo que igual le había pasado a ella, que había pasado de la euforia al disgusto en muy poco tiempo. Por supuesto que uno podía pensar que llevando la sensualidad más a fondo, hasta su natural consecuencia, digamos, la magia feliz duraría más tiempo, quizá hasta llegar a cubrir el período sin vernos. Pero también se podía pensar que, profundizando en la sensualidad, sólo conseguiríamos que el disgusto, la resaca, digamos, resultaría peor, hasta quién sabe qué abismos. De manera que, acabar con todo aquello, sin más, de una vez por todas, era lo único serio y consistente que se me ocurría hacer. Tan serio y consistente como pegarnos un tiro a cada uno. Cuando finalmente la llamé y le propuse vernos intentó darle largas al encuentro. Recurrí a una astucia.

-Me gustaría mostrarte fotos de mi familia, y que me mostraras fotos de la tuya.

Primero quedó callada, como digiriendo la idea. Debe de haber pensado que era mi estrategia para que, recurriendo al amor por la familia, nos despidiéramos, aceptáramos que nos veíamos por última vez. Si pensó eso, acertó, pero igual hubiera acertado si pensaba lo contrario: que era mi estrategia para terminar con su negativa a vernos y exponernos una vez más a la violencia de la sensualidad. Yo mismo no sabía lo que quería, pero por sobre todas las cosas, y fuera para lo que fuese, quería verla cuanto antes. Así pues, no sé qué pensó, como no sabía yo mismo qué pensaba. En todo caso se me ocurre que ella también consideró las dos opciones que motivaban mi

propuesta y me respondió, sin saber ella misma cual de las opciones suscribiría:

-Sí. Es una buena idea.

De manera que nos vimos al día siguiente. Llevé tarta de jamón y queso y gaseosas, y Emilia trajo dos postres Mazzini. Todo un picnic. Comiendo rico y mirando fotos estaríamos bien... y que pasara lo que pasase. Colgados de un péndulo viajábamos de un extremo, en el que había angustia y decisión de separarnos, al otro, en el que nos exponíamos a la tentación de la sensualidad, con las consecuencias previsibles. La verdad es que la pasamos tan bien como para pensar que los monstruos estaban apaciguados y que podríamos hacer la plancha por encima del tsunami que se presentase. Disfrutando del rato pensaba lo extraño y maravilloso que era que entre ella y yo no hubiera más que sincronías, coincidencias y simetrías. Todo lo nuestro sucedía como dentro de un círculo encantado.

Miramos las fotos como si fuéramos compañeros de oficina y no amantes vergonzantes. Como si no estuviera allí, a un par de metros, el lecho de la indecencia, esperándonos impaciente. Sus niñas se le parecían y se veían alegres, pero sin gracia, sin ángel, como se acostumbra decir. Su marido, como todos los hombres, disimulaba con gestos y poses firmes su vulnerabilidad. Ella, abrazando a los suyos se veía tan distante como siempre. Las fotos que trajo eran del verano. En el pequeño fondo de su casa había una piscina de armar, suficientemente grande como para caber los cuatro.

-Tus chicos se ven muy hombrecitos.

-Sí. Pero cuando les pasa algo corren a contárselo a mamá o a papá.

-Son etapas. Y tu mujer se ve verdaderamente linda.

-Sí, puede ser... Es rubia y tiene ojos verdes.

-Más linda que yo, dijo, mostrándome los ojos, como esperando algún tipo de compensación.

-Sueño con tus ojos Emilia, confesé.

-Y yo me siento más linda cuando me estás mirando.

Volvió a mirar las fotos.

-Vos te ves muy bien, orgulloso de tu familia.

-Lo estoy, como vos estás de la tuya.

-Sí, dijo, y me sonrió con esa media sonrisa que normalmente es lo que tiene disponible. Cómo podríamos no estarlo ¿verdad?

En alguna de mis fotos aparecía el gato de Raquel, en algunas de las suyas, su perro, color dulce de leche con orejas muy largas.

-Contar anécdotas de la familia es como cuando se habla de gatos o perros. No hay más que lo mismo para contar, dijo.

-Y sin embargo nuestras anécdotas nos parecen únicas.

-Nos parece que con nuestra mascota tenemos vínculos como nadie los tiene... Y sin embargo está bien habernos mostrado las fotos. Sólo que...

-¿Qué?

-...que tanto los tuyos como los míos me dan la impresión de ser gente de otro planeta.

Eso sí que era cruel. Vi que le dolía decirlo... y me dolió que lo dijera... pero no podía dejarla sola con su honestidad.

-En cuanto estés sola y vuelvas a mirarlas las vas a ver como siempre.

-Sí. La impresión que tengo es porque las estamos mirando juntos.

Quedamos callados, ninguno de los dos quiso ahondar en lo que tal impresión podría significar.

-Hora del postre, anuncié.

Ambos resultamos ser golosos. Y los mazzinis estaban bien frescos.

-No debiéramos, dijo. Que no se repita.

Lo cual era un lapsus que denunciaba que volveríamos a vernos a solas. Aunque la consecuencia de aquel careo familiar era que nos había vaciado del impulso irresistible que lleva a la piel. Como si lo hubiésemos pensado

simultáneamente y como si hubiésemos temido dejar al otro solo con la carga de la triste comprobación, nuestras manos se encontraron. Fue como cuando a un enfermo se le toman las manos para darle ánimos. Pensé que Emilia iba a llorar, pero no lloró. Nomás me miró como desde muy lejos, desde quién sabe dónde. Tan lejana me pareció, y tan lejano debo de haberle parecido, como si en vez de mirar a un ser vivo estuviéramos mirando una foto.

-Ya me voy, dijo, aunque faltaban largos minutos para que fuera la hora.

Mientras Emilia iba al baño recogí en una bolsa el packaging de nuestro almuerzo, y los envases de plástico. Cerré la bolsa con un nudo. Nos abrazamos blandamente.

-Chau, dijo.

-Chau, dije.

Chau no es adiós. Pero claro que “Adiós” no sería la palabra adecuada para terminar con nuestro affaire, ya que de todas maneras nos estaríamos viendo en los pasillos y en las reuniones de oficina, a menos que cambiáramos uno o el otro de trabajo, o hasta que nos separara finalmente la jubilación.

Tanto tiempo pasó sin que nos llamáramos que dejé de ponerme nervioso cuando mi intercomunicador sonaba. Comencé a considerar la posibilidad de que la herida por la que tanto habíamos sangrado se hubiera cerrado sola. Espontáneamente dejé de pensar en Emilia cuando estaba haciendo el amor con Raquel. Pero aquello era como un derrumbe en el que se sigue oyendo un ruidito que no puede ser sino un signo de vida. Sucedió un día que, a la hora de la siesta, cabeceando un poco, mirando mi teléfono interno cada vez que abría los ojos, aluciné a Emilia, con total lucidez, sentada detrás de su escritorio a la vez mirando fijamente su interno. Adiviné que estábamos ambos concentrados, con toda nuestra fuerza, en que fuera el otro el que cediera y llamara. Hubo entonces una reunión de gerentes y directores en la que quedamos sentados del mismo lado de la mesa y con dos o tres monigotes

entre medio, de modo que ni siquiera podíamos vernos. Al final de la reunión hui velozmente: no quería ser culpable de que, habiendo apaciguado nuestros demonios, encontrarnos cara a cara fuera a despertarlos nuevamente. Pero en cuanto regresó a su oficina, me llamó:

-Tenemos que vernos, dijo, terminante.

-¿Te parece?

-Me parece, dijo, por no decir "Lo exijo".

Llegó quince minutos tarde. La cuarta parte del tiempo de que disponíamos. Ya a primera vista se apreciaba que estaba fuera de sus cabales. Como si hubiera estado peleando a puñetazos consigo misma para obligarse a venir, o a no venir. El té estaba servido y nos sentamos a la mesa sin siquiera darnos un beso en la mejilla, como llenos de rencor, como enemigos jurados. Me pregunté si, como quiera que fuese, su esposo se había enterado, y si Emilia estaba viviendo el drama habitual en esos casos.

-Cogeme, dijo, sin más.

Estaba tan tensa que pensé que se le iba a romper la cara, como si fuera de porcelana. Tomé su mano sobre la mesa.

-Emilia..., dije, sin saber cómo seguir, porque por cierto que no estaba en el repertorio de mis especulaciones que rompiera todo usando la palabra más fuerte.

-Emilia..., repetí, tan amorosamente como pude.

Me miró de tal manera que me quedó claro que cualquier cosa que hiciera o dijera en ese momento que no fuera llevarla a la cama y cogerla no sería para ella sino otra prueba de mi hipocresía y de mi cobardía. Adiviné entonces, y sólo entonces, que soy el tipo de gente que cuanto más la arrinconan más se resiste, aunque me arrinconen para regalarme caramelos.

-¿No querés?, ladró. ¡Yo tampoco quiero! Pero si no lo hacemos, todo va a ser peor, gritó, como si me amenazara con partírme algo en la cabeza como manera de terminar de una buena vez con nuestro suplicio.

Era verdad lo que decía. La diferencia entre ella y yo para asumir que todo iba a ser peor era que en mi mente siempre había una puertita, una maniobra para escapar, mientras que ella siempre estaba de cara a las cosas, no las eludía, se abrazaba a la realidad raspándose hasta el alma.

-No digas eso, le pedí. He estado todo este tiempo negándome a todo por tu bien y por el mío, y por el de los nuestros, y ahora me pedís que cambie, que acepte que todo lo que era No, ahora es Sí, y que todo lo que era Sí, ahora es No. Dame un minuto. Explicame.

-¿Qué querés que te explique? ¿Que te quiero dentro mío, que quiero que me marques como si fuera tu vaca? ¿Creés que me hace gracia esto? No me la hace y no me la va a hacer hasta que me pruebes que esto es lo mejor que puede pasar con nuestras vidas.

Me miraba como la víctima mira a su asesino.

-Quiero que me cojas hasta gastarme, que me dejes el cuerpo ardiendo, en llagas. Quiero que me cojas hasta que te pida “Basta, por favor” y que cuando te diga “Basta” me pegues y me humilles y me sigas matando hasta que para seguir queriéndote no me quede más opción que odiarte. ¿Te parece que seas capaz de tanto amor? ¿O te pongo la vara demasiado alta?

Dijo todo esto sin mirarme, mordiendo las palabras hasta desangrarlas, como si no fuera ella quien hablaba, como si con su lengua hablara su demonio. Quedó como agotada, y yo mudo, como si de todas las cosas imposibles la peor fuera responderle.

-No voy a negarte nada, todo lo quiero de vos, dijo con un hilo de voz, como si hubiera invertido en la oferta de la entrega toda la energía de su alma.

Nunca había pensado en ella, ni siquiera en las imaginaciones eróticas más intensas, sino en términos de ternura. Nunca había pensado poseerla en términos de suplicio, de dejarla desollada, en carne viva, de arrancarle a golpes lo que no quería sino darmelo. Y sin embargo, en el momento mismo de su entrega demente, sangrienta diría, como si se rasgara un telón que me impedía la visión, por primera vez se me hizo evidente la real realidad de mi deseo: quería que ella, Emilia, hembra elemental y feroz, me devorara, me marcara el

cuerpo y me drenara los testículos hasta desangrarme. ¿Qué? ¿Yo? ¿Eso? ¿Y lo otro? ¿Y mi ser de ternura que se fundiría armoniosa y dulcemente en su ternura de mujer? Quedé pasmado. ¿Me había contagiado su delirio? ¿Esto era la famosa folie a deux? Aquello no tenía sentido y mi mente era incapaz de suturar orillas tan lejanas. Aquella Emilia y esta Emilia, aquel yo y este yo. ¿Cómo podíamos estar inesperadamente tan ávidos de dolor y de sangre? ¿Marcar su cuerpo? ¿Para qué? ¿Para ofrecerle a su marido un manjar exquisito? ¿Marcarme a mí para que Raquel supiera con pavor que había otra que hacía conmigo lo que se le antojaba? El corazón me latía en toda la cabeza y de la garganta se me escapaba un jadeo áspero.

Emilia me miraba a los ojos y yo me preguntaba ¿cómo era posible que esa cara, sin dejar de serlo, ya no fuera esa cara sino otra? Su rostro apacible, maduro, sereno, pero también distante e inexpressivo había devenido, a la vez, la máscara del pavor y la de la furia. Haber dicho todos los horrores que de mi deseaba la había cambiado por completo. Estaba claro para mí que ella nunca había pasado antes por esta mutación, que nunca se había dado tan generosamente al uso que se quisiera hacer de ella. La demencia de su indecencia se parecía a la de aquella burguesa que se prostituía por las tardes. Era una y a la vez era dos. Su marido nada sabía, nada podía saber de esta Emilia, seguramente que ningún hombre sabía de esta Emilia. La imaginé rechazada por mí, yendo a buscar este amor feroz de mano de cualquier imbécil que abusaría de ella antes de escupirla y olvidarla. Su deseo de mí - pero ¿cómo? ¿por qué?- le había descubierto la dimensión demoníaca de su deseo. Frustrárselo, dejarla a solas enfrentada a su demencia erótica, no podía sino serle fatal. Pero además ¿qué hacer con el deseo, no menos insospechable, que simétricamente su deseo había despertado en mí? Sonrió de pronto con una sonrisa dura, sarcástica, como si adivinara mis pensamientos.

-Tenés los ojos rojos, como el lobo que está por saltar sobre la ovejita. Pero no te creas que soy tan ovejita. Va a ser dentellada por dentellada.

Tuve la sensación de que la cabeza me estallaba, que yo ya no era yo. ¿Cómo habíamos saltado de los mínimos y tímidos contactos físicos a olvidar todos los límites, las conveniencias, las más elementales prudencias de la infidelidad?

Imaginé devolverla a su hogar con un ojo negro y el labio partido... ¡pero si soy absolutamente incapaz de abusar físicamente de alguien que no tiene mi fuerza de macho adulto!, devolverla con los pechos marcados a mordiscos, con la vulva demasiado hinchada y ardiendo como para sentarse, y con el... con el ¡culo! -perdón por la palabra- sangrado por el más bestial de los excesos. ¡No, por Dios! La especie de locura de la que eventualmente pueda ser capaz está, estoy seguro, mucho más acá de semejante horror. ¿Y cómo iba a explicarle a Raquel mi cuerpo marcado, las heridas abiertas por las uñas en mis flancos, mi cuerpo vaciado de toda energía hasta la náusea? Y no faltaría en la oficina quien notara los estragos físicos y nuestras desapariciones en la hora del descanso; el rumor devendría rápidamente verdad y acusación. Nuestra respetabilidad, base de la confianza que la empresa depositaba en nosotros, se desvanecería, y si reincidiéramos en los excesos, cosa que sucedería fatalmente, terminaríamos por perder nuestros puestos de trabajo y con ello el ingreso que era el sustento de nuestras familias. ¿Perderlo todo en la vida a cambio del placer de darnos una paliza mutua y brutal?

No pude más, no podía soportar estar encerrados en aquel apartamentito sin nadie a mano a quien echarle la culpa. Porque la culpa había sido mía, mía y de ella, de dos ciegos que habían vivido sin saber qué tipo de locura reprimían, y que habían venido a descubrirlo confundiéndola con una mezcla inusualmente poderosa de amor y ternura. ¿Ternura y amor? Pero sí... ese era el cóctel verdadero y auténtico que había servido de detonador para la bomba...

Emilia me miraba seria, expectante, como si de mi reacción esperara que el absurdo comenzara. En busca de esa chispa hurgaba ella en mi mirada y yo en la de ella. Ella de mí y yo de ella, ambos esperábamos que fuera el otro quien primero cruzara el límite de abyección, y de obscenidad, y de violencia, porque ambos sabíamos, en nuestros corazones, que ya estaba pactado y que lo peor sucedería. El monstruo de la infidelidad se había desayunado ya hacía rato nuestras ambiciones de fidelidad, y nuestro castillo de la pureza se derrumbaba.

Mareado, me paré y fui a acostarme en la cama. Emilia no tardó en estar a mi lado, abrazándome y apretándose contra mi flanco.

-Perdoname, dije.

-Perdoname vos.

La cama me parecía nuestra tumba, adornada con nuestro abrazo desesperado por toda la maldita eternidad. Dejamos que aquella eternidad yacente nos pesara un buen rato, incapaces de mover un solo dedo ni decir una palabra. Sonó la alarma del reloj de Emilia. Fin de la angustia cronometrada. Emilia se encerró en el baño y yo aproveché su ausencia para huir, para evitarme tener que decir “Nos vemos” o “No nos vemos más”. Bienaventurados aquellos a quienes les ha sido concedido ahorrarse las mieles amargas de la verdadera entrega.

8

El retorno al trabajo y a las responsabilidades, los rollos siempre renovados de mis muchachos y el amor balsámico de Raquel hicieron que poco a poco aquella escena demente se vaciara de toda realidad. En el diluido recuerdo me parecía un desvarío a deux del que se me antojó culpar a Emilia, ya que ella habría sido la que le abrió la puerta a la imaginación morbosa. Claro está que yo no supe evitar el contagio y, con más sorpresa aún que la que me causó la locura erótica de Emilia, me lancé a acompañar sus desquiciados deseos. Daba como para ponerse paranoico. ¿Cómo dos personas de vida tranquila y ordenada aterrizan en una relación sin presente, ni futuro, ni pasado posibles? ¿Cómo esta relación, sin haber llegado a consumarse en términos más o menos aceptables y razonables se abisma en un supuesto deseo de mutua posesión violenta? Caí en concebir que en Emilia, alma de Dios, vivía una fuerza oscura y dañina a la que, para salvar a su familia, tendría que resistir así fuera recurriendo a la siquiatría o al exorcismo.

Claro está que cada tanto se abría paso en mi paranoia acusadora la idea de que seguramente ella estaba pasando por la misma angustia que yo, y pensando que de alguna manera yo le había contagiado la locura erótica y le había disparado delirios con los cuales ella de ninguna manera se identificaba y

que nunca en su vida había padecido, y se prometía que recurriría al medio que fuera para rescatarse de mi influencia. Sí, seguramente así pensaba ella. Me daban lástima mis desvaríos y desasosiegos, y los suyos, que concebía como, simétricamente idénticos a los míos.

Por supuesto que, a esta altura, me estrellaba contra la pregunta, la madre de todas las preguntas, para la que ni en un millón de años de pensarla hubiera podido encontrar una respuesta: ¿por qué entre todos los fulanos y las fulanas comunes y corrientes como nosotros, fuimos justo nosotros los que quedamos atrapados en este infierno de perversas simetrías? Estoy seguro, las vidas que habíamos llevado hasta ese momento lo prueban, que estaríamos en la franja más baja de probabilidad para que esto nos sucediera. Sé, porque después me lo dijo, que, como me sucedió a mí -¡simetrías!- fue el amor de su marido, el sexo dulzón y rutinario con él, el bálsamo que la ayudó a retomar el control de sí y a volver a pensar en mí sin que le dieran ataques de vértigo.

Pasó, pues, el tiempo. Prácticamente no salía de mi oficina, no deambulaba por los pasillos ni visitaba la cantina por temor a cruzarme con ella. Y sin embargo... o quizá precisamente por esa voluntad de huir de ella, el deseo de volver a verla se fue haciendo poco a poco más robusto. Aquellos momentos locos que vivimos fueron perdiendo filo hasta volverse aparentemente inocuos. Me parecía que habían sido en realidad un juego erótico del que no supe disfrutar porque me los tomé demasiado en serio, como se dice: demasiado a la tremenda. Me entró a parecer que borrarme como lo había hecho era una grosería, casi una acusación o un insulto. Terminé por llamarla.

-Hola, dijo.

No dije nada.

-¿Sos vos?, preguntó arriesgándose a quién sabe qué al no estar segura de que fuera yo.

-Sí.

-Sos vos, mi amor..., musitó, como si se mojara ya los pies en un mar de placer.

Me regaló un silencio que me pareció delicioso, aterciopelado.

-¿Mañana?, preguntó haciendo gala de control y pragmatismo.

-Sí, dije, y colgué, consciente de que mi llamada sólo podía ser leída en el sentido de la aceptación de sus condiciones.

Llegó pisándome los talones. No había terminado yo de cerrar la puerta cuando la empujó para entrar y caímos, literalmente, en brazos del otro, por primera vez en nuestra relación. Nos besamos con toda la humedad y con el mucho hambre acumulado. Fue a decir algo:

-Pero ¿por qué...?

-No digamos nada, la corté. No digamos nada, no es necesario.

-Si, no es necesario..., dijo y volvimos a devorarnos.

La ayudé a quitarse el abrigo. Estábamos en un otoño más bien benigno, pero ya muy avanzado. Encendí el aire acondicionado. Me volví hacia ella. ¡Diablos y demonios! Me miraba como si esperara ser degollada.

-Es como vos quieras, le dije. Yo ya me di por vencido. Ya no espero clemencia.

Sonrió, un poco condescendiente.

-Estás pasado de rosca, dijo. Sólo quiero que me mires, dijo, y empezó a desabrocharse la blusa.

Separé una silla de la mesa y me senté como para mirarla en primera fila. Se sacó la blusa y el sostén, y sus pechos colgaron como frutos maduros. Sus areolas eran grandes y sus pezones gruesos y oscuros -perdóñeseme la expresión-, como de un animal. Verla por completo desnuda me impresionó. Eso era Emilia, una mujer sencilla y agradable, con un cuerpo hecho para el trabajo, para parir y para apaciguar las ansias amorosas de su hombre. Se soltó la cintura de la falda y la dejó deslizarse hasta el piso, quedando en pantis. Se los quitó junto con la bombacha, blanca, de algodón, como de matrona. El vértice de su pubis estaba cubierto por un espeso vellón negro.

Como strip-tease había sido lo más desabrido que yo -para nada un experto- hubiera podido imaginar.

Completamente desnuda, con los brazos colgando, sin gesto alguno, se quedó mirándome. Ofrecía su cuerpo, sin énfasis, sin esperar aprobación. No pude sino pensar que me lo ofrecía como se lo hubiera ofrecido, de presentarse, a la mismísima muerte. Abrí la portañuela de mi pantalón y saqué la erección totalmente desarrollada. ¿Qué más aprobación podía esperar?

-¿Vale mi cuerpo tu infidelidad?, preguntó.

-No es tu cuerpo... sos vos.

-¿Yo? ¿Y yo quién soy? ¿Quién te imaginás que soy?

-No lo sé. Como no sé quién soy yo. Apenas nos conocemos... y sin embargo siento que te conozco por completo, pero como me conozco a mí mismo, o sea, incapaz de dar explicaciones.

-¿Entonces?

-Nada, eso... o esto..., dije y desnudé el glande. Me miró hacer y sonrió.

-Me parece como si fuieras virgen, dijo. Más aun: como si nunca semen hubiera salido de tu cuerpo.

Me desnudé, sin apuro, como ella, como si me desnudara para ponerme el pijama y acostarme a dormir, sólo que la erección apuntaba enérgicamente hacia ella, como magnetizada.

-Yo tampoco sé nada de vos y también creo saberlo todo, dijo, hipnotizada por la erección. Tampoco estoy segura de que valgas la atrocidad de ser infiel.

Me acerqué a ella. Empuñó la erección. La acarició como a un animalito.

-Porque ser infiel es serle infiel a todo, dijo. Al otro, a la familia toda, y en primer lugar a uno mismo.

Se arrodilló y tomó el glande entre sus labios.

-¿Por eso querés que te marque? ¿Para que el asco le impida darte una segunda oportunidad?

-Para que mi entrega a vos no tenga marcha atrás. Por la misma razón que vos querés que te marque. Para que recorramos juntos, hasta la muerte, el desierto de la ignominia.

-O sea que si no nos marcamos significa que no esperamos de lo nuestro más que unos polvos clandestinos.

La boca de Emilia recorría el largo con verdadera fruición, como si fuera la cosa más deliciosa que jamás tuvo en la boca. Presioné con mi mano sobre su nuca invitándola a empalarse, cosa que hizo hasta la náusea.

-Polvos ¿qué son?, preguntó zafando.

-Polvos, coitos. ¿Y sabés cómo se llama lo que me estás haciendo? Mamarla.

-Tiene sentido. Lo de polvos no lo entiendo.

Se puso de pie.

-Pegame aquí, dijo, tocándose la mejilla, cerca de la boca. Con la mano abierta.

No dudé. Lo que me pedía todavía no era grave. Y ella para mí -para qué darle más vueltas- era la Única, todo incluido, también mi Némesis y mi Infierno. Le solté gustosamente una sonora cachetada. Le dio vuelta la cara. Volvió a mirarme.

-Ahora del otro lado.

Lo hice. Tenía los cachetes colorados. Jadeaba.

-¿Esto le pedís a tu marido?

-No.

-¿Por qué?

-Porque él, no. Vos, sí. Lo supe en cuanto nos miramos en la fotocopiadora. Estás en mi vida para que de vos tenga todo lo que quiero. Si a él lo obligara a darme unas cachetadas se moriría del horror, y probablemente yo también.

Repetí la dosis sin que me lo pidiera. Y entonces, tomándome por completo de sorpresa me soltó ella una tremenda cachetada, y luego la otra. Comprendí de

golpe -nunca mejor dicho- lo brutal que es, no recibir, sino aceptar la violencia del otro, asumirla hasta desearla. Con cada golpe la erección se endureció, de un extremo al otro, y la excitación de la inminencia, del estar a punto de soltar el semen me invadió, irresistible. Sentí un delicioso temor: si era tan fácil cruzar la frontera ¿hasta dónde iríamos?

-Mordeme, pidió ofreciéndome los pechos en las palmas de sus manos.

-No, no puedo, no quiero.

¿Cómo es que una media sonrisa tímida y contenida, se convierte en una sonrisa diabólica? Pregúntenmelo, porque eso vi que sucedía en el rostro de Emilia.

-Lo que querés es el polvo clandestino... Un par de cachetadas y un polvo es la dosis de culpa que sos capaz de soportar... Un tierno amor infiel. Es eso lo que querés.

-No es eso. Es que quiero ir despacio.

-Como quieras, pero te aviso que no vas a ser tan tierno como Fernando. Él es el marido más tierno y más dulce que pueda querer una mujer. Pero vos sos aquel del que espero todo. ¿No lo entendés?

-Lo que entiendo es que vos querés incendiar el mundo.

-Yo no era así. Vos me hiciste así, aunque no fuera lo que buscabas. Cuando te vi se abrió el piso debajo de mis pies.

No podía rechazar su locura porque era la misma que yo había experimentado.

-Maldita seas, Emilia.

-Bendito seas vos. Vení, no te voy a dejar así, dijo, y tironeando de la erección me llevó hasta junto a la cama. Por hoy que sea lo que vos quieras. Por lo menos que no salgamos de aquí jactándonos de ser fieles. ¿Cómo me querés?

-Arrodillate en la cama.

Lo hizo. Le separé las nalgas. Se inclinó hacia adelante hasta apoyar la frente sobre el edredón. Recorrió toda la entrepierna con la lengua. Emilia aspiró entre dientes y luego soltó un suspiro de delicia. Nunca se lo hice a Raquel. De

hacérselo ella se hubiera sometido, pero hubiera comprendido que ya no era el que era, y que por consiguiente, ya no volveríamos a ser los mismos. Al llegar al perineo seguí de largo y le lamí el orificio del culo... ¡Por Dios, no quiero utilizar esas palabras, no son las mías! Las mucosas de Emilia eran oscuras y sus olores, fuertes. ¿Lamerle allí a Raquel? Yo creo que se hubiera enfermado.

-Haceme lo que quieras, dijo Emilia, con la garganta tomada por la excitación.

Mi lengua hizo el mismo recorrido, profundizando en ambos orificios. Emilia suspiraba.

-Si me lo hacés por atrás tengo una crema curativa en la cartera, dijo, casi pidiéndome que se lo hiciera. Haceme lo que quieras, repitió como obsesionada con cruzar tantas fronteras como fuera posible.

Pero emboqué el glande en la boca de la vagina y me deslicé dentro. Gimió de puro alivio.

-¿Ves?, dijo. Ya no somos santos. Así de fácil. Bastaba con que me la metieras. Ahora para los demás soy una puta y vos un mujeriego.

-Es cierto, dije, totalmente clavado en su vientre. Pero entonces ¿para qué más violencia?

-Porque si nos marcamos a fuego, como esclavos, vamos a ser no solo infieles sino imperdonables.

-Eso es lo que querés ¿estar más allá del perdón?

-¿No te diste cuenta de que esto para mí es un viaje sin retorno?

-Me asustás.

-No, no te asusto. Yo sé que es también lo que vos querés. Si no fuera así no habríamos llegado a donde llegamos. Y no me hables más: cogeme.

Mi erección la llenaba por completo de manera que con cada puntazo golpeaba contra el cuello del útero, lo que le producía gritos de dolor y de gusto. No tardó en acabar, culeando con fuerza contra mi vientre. La tomé de las caderas e inicié mi arremetida final. Los pechos le colgaban como repletos de leche.

Fantaseé oprimírselos hasta que gotearan, pero no llegué a intentarlo porque la mera idea me descontroló.

-Acabá adentro, gruñó escalando otro orgasmo. Tomo pastillas.

Alargué la arremetida para que pudiera despeñarse otra vez. Entonces acabé, no gotas, ni un chorro, sino una verdadera bola de semen. Quedamos jadeando, goteando sudor, temblando.

-Sentí cuando salió el semen, susurró. Fue justo cuando me abría desde lo más profundo para recibirte. Sentí como que me inyectabas fuego.

Me retiré todavía duro como una estaca. Emilia se dio vuelta, se sentó en la cama y tomó la erección en su boca, tan profundamente como pudo, otra vez hasta casi atragantarse. Pensé que le había gustado la sensación de forzarse la garganta. Después la sacó cubierta de saliva y la masturbó, mirando con avidez la boquita del glande y con su boca abierta, dispuesta para la descarga. No diré que acabé en su boca y que tragó mi semen, porque en realidad disparé el semen directamente en la boca de su esófago.

Las piernas no me aguantaban más. Me senté a su lado y nos besamos largamente.

-Decime que no fui tierno, desafié.

-Para nada tierno. Al contrario, avanzamos hasta la mitad del camino que vamos a recorrer. Pero no me quejo. Sé que sabés ya a dónde vamos.

Ella fue primero al baño. Luego fui yo, mientras se vestía.

-Estoy famélica, dijo.

-Yo también. Supongo que esta horita pronto no nos va a servir de nada.

-Mi amor..., musitó acariciándome y besándome. Pronto nada nos va a servir de nada y nada nos va a ser suficiente.

-Mi amor... Sonás francamente aterradora.

-Las Puertas del Cielo se abren para nosotros, apresurémonos a cruzarlas, no perdamos nuestra oportunidad, dijo y se dirigió hacia la puerta del apartamento. Nos vemos, agregó.

-O no nos vemos más, amenacé.

-Ya no me engañás haciéndote el mojigato. Esta noche te vas a maldecir pensando en lo que hoy pudiste tener y no quisiste.

-Más bien como que vos me vas a maldecir...

-No te quepa duda, dijo y salió.

¡Atrapados!, pensé, desesperado. Estamos atrapados en una lógica que no puede llevarnos sino a alguna forma del desastre. Estuve varios días en un Limbo, entre el Paraíso que me sería restituido a cambio del arrepentimiento y los renovados votos de fidelidad, y el Infierno, el abismo de brutalidad en el que me había sido revelada mi verdadera naturaleza. No puedo volver a ser aquel que se creía ciudadano natural del mundo de la ternura, pero puedo vivir en el arrepentimiento torturando sin tregua al monstruo que hay en mí.

Me preguntaba: arrasar nuestros cuerpos ¿era nomás la manera extrema de hacer innegable e imperdonable nuestra infidelidad? En ese caso se legitimaba como una forma brutal de confesión, cuyo consecuente castigo sería la expulsión del monstruo del Paraíso antes de que lo contamine y corrompa. ¿O arrasar nuestros cuerpos sería someterlos, por puro y abyecto placer, a un fuego en el que habrán de arder, si el Diablo lo permite, hasta el último día de nuestras vidas?

Con pavor reconocía en mí un repugnante deseo de vulgaridad y de escándalo, de mandar todo a volar y entregarnos a la ruina. Así, sucedió que, entrando en la cantina, la vi preparándose un café, y sin más me le acerqué y le puse la mano sobre las nalgas, con tal grosería que con el dedo medio llegué a hurgarle en lo hondo de la entrepierna. Emilia giró la cabeza para mirarme a los ojos, sin protestar, sin resistirse, como para asegurarme que, tal como yo, estaba dispuesta a las volubilidades del escándalo. No sé si el par de

personas que en ese momento estaba en la cantina tomó nota de la descarada exhibición de vulgaridad.

Días después tuvimos una reunión de gerencias. Yo llegué el primero a la sala y la segunda fue ella. Vino directamente hacia mí y sin más se sentó sobre mis rodillas, sonriéndome con una mueca que no sabría calificar sino de diabólica. Apenas se volvió a abrir la puerta, Emilia abandonó mi regazo, pero estoy seguro de que el grupo de personas que en ese momento entró en la sala vio lo sucedido. El rumor fatalmente correría por los pasillos y de seguro que llegaría hasta los talleres, y sin duda que algún alma virtuosa, anónimo mediante, lo llevaría hasta nuestros hogares. Pensé que las cartas estaban echadas y que en breve nuestras vidas cambiarían inevitablemente. Ni para bien ni para mal, me atreví a pensar, sino simplemente para que nos alcanzara el destino que había estado emboscado en nuestras vidas, pacientemente esperando a que nos cruzáramos y a que la llama del amor verdadero se adueñara de nuestras voluntades. Teníamos, pues, que actuar ya. Soltar a la Bestia para que lo que tenía que suceder sucediera en nuestros términos. Como en las películas de terroristas, teníamos que suicidarnos antes de que nos atraparan.

Volvimos a encontrarnos en el apartamentito. Mi humor se había vuelto cambiante, oscilante. Ese día estaba entre deprimido y furioso. Me sentía, digamos, como se sintió el Cristo mirando cómo preparaban la cruz que habría de recibirlo. Como Él seguramente, yo me preguntaba ¿por qué? ¿para qué esta especie de ordalía? No podía aceptar que tuviera que destruir lo que había construido a lo largo de décadas. Me sentía como los niños que construyen castillos de arena para inmediatamente destruirlos.

Apenas abrió la puerta Emilia comprendió con qué tendría que habérselas. Avanzó hacia mí y levantó la cara con un gesto que podría ser de pedir un beso o una cachetada. Aunque en su mirada vi claramente que el gesto era de desafío. Ya no había tibiezas ni ternuras entre nosotros. Al menos no antes de apaciguar a la Bestia. De manera que le solté la primera tanda de cachetadas. Volvió a ofrecerme la cara, pero con tales suspiros de placer como si ya le chorreara la vulva. La segunda tanda fue con tal saña como para que no quisiera más.

Entonces, como en un ataque de descontrol, sacó de la bolsa algo que me lanzó. Desprevenido como estaba aquello me pegó en el pecho y cayó al piso. Me pareció como que era una culebra negra, pero no. Era un pequeño látigo. Lo recogí. No medía más de setenta centímetros. De una sola pieza, pero muy flexible. De sólo tenerlo en la mano era aterrizable. Era un instrumento para infilir dolor. Me quemaba la mano de sólo sostenerlo. Emilia me miraba otra vez con desafío. Me miraba como diciéndome que me arrancaría los ojos si me negaba a utilizarlo. ¿Cruzarle la cara con esa cosa? ¡Eso sí que no lo haría!

Emilia me dio la espalda, se arrodilló sobre la cama, se remangó la falda y bajó los pantis y la bombacha hasta la mitad de sus muslos. Me ofrecía las nalgas para que se las azotara. Para mi vergüenza de inmediato tuve una erección. Tuve la impresión de que no era yo sino otro el que disfrutaba anticipadamente de tan abyecta demostración de amor. Pero si era otro ¿quién era? En la bruma mental, comprendí: aquella cosa repugnante que me quemaba la mano de sólo sostenerla era un instrumento de placer, y ya sólo empuñarlo hacía correr el fuego por mis venas. Como si aquello fuera una maldita varita mágica, no mediante razonamiento, deducción o suma de evidencias sino mediante un fagonazo de lucidez, vi la verdad: marcarnos, arrasarnos los cuerpos no tenía por finalidad hacer visible nuestra repugnante infidelidad -aunque sí, también eso sucedería-, marcarnos y arrasarnos no tenía más objeto que padecerlo, gozarlo como nada puede gozarse más en este mundo. Era así, y acepté que era así porque no tenía fuerzas como para hacer el esfuerzo de no creerlo. Y el milagro que había sucedido al cruzarnos Emilia y yo era que ella había adivinado, antes de que yo ni remotamente lo sospechara... y aquí se impone otra pregunta, letal: ¿lo habría yo jamás sospechado si ella primero no lo hubiera adivinado?... el milagro, digo, era que ella había adivinado en mí, sepulto en mi presencia anodina, el deseo de marcar y arrasar su cuerpo, y simultáneamente había adivinado en ella el deseo de ser marcada y arrasada por mí, y a la vez, simétricamente, había adivinado en ella el deseo de marcar y arrasar mi cuerpo y mi deseo de ser marcado y arrasado por ella. ¡Esa era la verdad! La absurda, delirante, grotesca, repugnante, vergonzosa, criminal verdad.

Ahí estaba yo, inmóvil, irresoluto, mirando las nalgas de Emilia, incapaz de digerir semejante verdad. ¡No yo, no a mí!, pensaba. ¡Aparten de mi este maldito cáliz!, gritaba en mi silencio. En sus generosas nalgas Emilia tenía, al igual que Raquel, una pizca de celulitis, tal que sólo los expertos pueden notarla a simple vista. Si yo que no soy un experto pude verla fue porque, como dije, la había visto antes. Pero ¿cómo podía ser posible que esta linda mujer, fuerte y sana en su mediana edad, ama de casa, amante de su divina familia, profesional de alta confianza, había sido capaz de adivinar semejantes pasiones? Quizá aquel instante fatal entre nosotros no cayó del cielo y ese deseo tenía una historia en su vida, que no en la mía. Podría haberme desmayado, enfrentado a ese momento de la verdad, pero eso no era lo que el otro quería, el otro quería azotar aquellas nalgas de ama de casa que le eran ofrecidas en sacrificio... Perdón, perdón, creo estar explicando y mis explicaciones se deslizan hacia lo perverso y lo obsceno... Toqué con la cosa la piel expuesta.

-Sí, susurró impaciente.

No había, ni quería yo en realidad, marcha atrás. Con el corazón a punto de detenerse en mi pecho le solté el primer golpe, con la mano muy liviana, casi como pidiendo permiso. El chasquido sobre la piel y el suspiro como de alivio de Emilia me excitaron. En menos de lo que tardo en decirlo una raya rosada le cruzaba las nalgas. Las nalgas blancas, la fusta negra, la raya rosa, la música voraz hecha de chasquido y suspiro, todo en su conjunto era una especie de absurdo delicioso en los bordes mismos de la locura.

-¿Fue muy fuerte?, pregunté.

-No... Hacelo más fuerte...

¿Lo hice? No lo creo, creo que le di con la misma fuerza... y quizá por eso el suspiro de Emilia fue de abierto y verdadero placer. Entonces, no sé por qué, sin pausa alguna, le solté el tercer golpe, este sí bastante más fuerte. Emilia gritó de dolor y se dejó caer hacia un lado. Realmente le había dolido, pero se retorcía gozando del dolor. Tres rayas rosadas se cruzaban sobre sus nalgas. El espectáculo era atroz y fascinante. La erección me dolía de tan dura y hubiera querido clavarla ya mismo en ella.

-No más, dijo, jadeante.

Toqué las marcas, calientes, y luego puse la mano sobre su vulva y estaba empapada. Le deslicé dos dedos dentro y gimió de gusto.

-Dios Santo, murmuró.

-Voy a cogerte, dije.

No sin esfuerzo Emilia se puso de pie, me dio un beso dulcísimo en la boca y tomó la cosa de mis manos.

-Te toca, dijo.

Sí, “te toca” dijo. No “me toca”. En ese momento aun para ella el placer era recibir, no dar. Con el primer golpe conocería la otra cara de la moneda. En nuestro amor demente nos estábamos mutuamente desvirgando.

Yo no me hubiera soltado el pantalón, ni me lo hubiera bajado, ni me hubiera arrodillado sobre la cama ofreciéndole mis nalgas. Yo no, pero el otro no podía esperar ni un segundo más para recibir la primera caricia de fuego. Emilia también contuvo la mano en el primer golpe. El primer chasquido y su ardor me produjeron, tal y como los había recibido Emilia, una sensación de alivio. Era un dolor soportable. Un castigo justo puede producir placer, y ciertamente que mi indecencia merecía un castigo. Emilia soltó otro golpe igual. Quemante pero suave. La excitación era tal que si hubiera podido en ese momento masturbarme hubiera acabado instantáneamente. Era dolor, pero era un dolor que mutaba de inmediato en excitación, multiplicando aquel Mundo de las Maravillas feroces. Pensé que con el tercer golpe el semen se me dispararía. El tercer golpe, más fuerte, me lanzó en medio de un océano de dolor en el que inesperadamente no me ahogaba, sino que me hundía y cuanto más me hundía más me entregaba a la oscuridad y al goce de la herida recibida. No acabé porque la voluptuosidad me lo impidió. ¿Acabar ahora, ya? No, faltaba todo lo demás, fuera esto lo que fuese.

Me paré y le mostré la erección, verdaderamente encabritada.

-Ahora estamos marcados, dije.

-Sí, estamos marcados, dijo, con su boca en la mía. Ahora cogeme.

Creo que por primera vez degustó esa palabra que nunca le oyó a Fernando y que le prohibió a sus hijas en cuanto Rosa la trajo, a modo de curiosidad, de la escuela. Se arrodilló sobre la cama, se inclinó hacia adelante y separó las nalgas. Las rayas ya no eran rosadas sino rojas. Me clavé en ella hasta que sentí en el vientre el calor de sus nalgas. Suspirando de placer Emilia se lanzó a culear contra mi vientre.

-Esto es el Paraíso, finalmente: marcada y cogida, dijo.

Y yo, sin dejar de darle puntazos profundos, con saña de patán, como queriendo atravesarle todos los tegumentos:

-Esto es el Paraíso, sí, marcado por vos... y cogiéndote.

Gritó de gusto saboreando su cóctel salvaje: el ardor en las nalgas y lo profundo de mis puntazos. No soportamos ni un minuto las cumbres heladas del goce perfecto. Explotamos en el mismo momento ¿qué digo en el mismo momento?

¡Explotamos en el mismo, único e insoportable orgasmo! Rodamos sobre la cama, enlazados, enredados en un abrazo furioso, devorándonos las bocas hasta sentir el sabor de la sangre. Sonó el despertador cuando ya estábamos fundidos el uno en el otro. Nos estremecíamos en las postrimerías de un orgasmo que no se apaciguaría jamás. En la pura modorra, como un zombi, Emilia se paró para sacar algo de su cartera.

-Es una crema curativa, dijo aplicándola en abundancia sobre mis condecoraciones. Ahora poneme vos.

Volvimos a besarnos y cada vez fue como si nunca antes. Salimos juntos del apartamento como media hora después del plazo. Entramos juntos en la oficina y decenas de pares de ojos tomaron nota. Trabajé de pie. Sentarme no podía. Emilia estuvo en las mismas, y como yo, se sentía feliz de una manera intransigente, insoportable e inédita.

Llegado a casa me encerré en el baño y repetí la dosis de crema curativa. Tenía iodofón, gasas y leuco por si se abría la piel. Me declaré muy cansado, comí poco, soportando el ardor de estar sentado, y me fui a la cama. Raquel se quedó mirando una película. Sonó mi celular y era Emilia.

-¿Estás bien?, preguntó cuchicheando, sin duda para que no la oyieran en su casa.

-Estoy bien ¿vos?

-En el Cielo.

-¿Se te abrió la piel?

-No, para nada. Me puse crema otra vez y tomé un antipirético.

-Buena idea, voy a tomar uno también.

Quedamos callados. En su casa había un silencio pesado. Me pregunté si se habría metido en un ropero para hablar.

-Quedamos en no llamarnos al celular, dije.

-Quedamos.

-Yo lo dejo siempre a la vista. Si lo esconde va a sospechar.

-Lo de menos será que sospeche por unas llamadas a escondidas, comentó, levemente cínica.

-Igual, no hay por qué acelerar las cosas.

-¿Cuánto durarán estas marcas?, preguntó.

-No lo sé.

-A Fer le gusta tomarme por detrás, comentó innecesariamente.

-No puede verte si apagás la luz, dictaminé un poco tajante.

-Puede palparlas...

-Me sorprendería... sólo se encuentra lo que se busca.

Sentí vergüenza. Era repugnante estar sugiriéndole a mi amante cómo copular con su legítimo de manera que no viera las marcas que le hice. Lo nuestro ¿era tan sin fondo que admitía también la desvergüenza, la indignidad? ¿Qué tipo de amor era el nuestro, dañoso y humillante?

-¿No sentís celos?

-No. ¿Vos?

-No. Los demás no me importan nada, o cada vez menos. Vos sos mío y punto. Eso es todo.

Quedamos en silencio, tragando a dos carrillos la demencia de nuestro amor.

-Estoy excitado.

-Yo también. Mucho. El ardor y los recuerdos me excitan.

-¿Qué vas a hacer? Tenés que controlarte...

-Sabés bien qué voy a hacer. Somos adultos...

-Sí... no me lo digas...

Silencio. Suavecito me masajeé la erección, que no había tardado en presentarse.

-Lo estás haciendo, adivinó.

-No...

-Yo también.

-¿Qué hacés?

-Me meto los dedos, dijo ya un poco jadeando. Si me toco por fuera, aquí, donde se juntan los labios, acabo.

-Hacelo.

Su jadeo se volvió más tenso. Desnudé el glande, tironeé del tallo.

-Acabo cuando vos lo hagas, dije.

-Me voy, susurró y gimió suavecito.

-Yo también, dije y me bañé los dedos con semen.

Nuestras respiraciones se apaciguaron. Temí que nos quedáramos dormidos con el teléfono en la mano.

-Emilia...

-Mi amor, mi único amor...

-Tenemos que cortar. Chau.

Mismamente como una pareja de adolescentes que se llaman por teléfono a última hora y cuchichean todo el tiempo que sea necesario, hasta apaciguarse. Parte de la descarga de semen había ido a mi pantalón de pijama, pero ni pensé en cambiármelo. Me di vuelta de manera de darle la espalda a Raquel cuando viniera a acostarse. Me dormí en menos de lo que canta un gallo. El antipirético quedó para el desayuno.

11

Éramos, pues, infieles y salvajes, sin límites y sin vergüenza. Y aquello estallaría, más pronto que tarde, por nuestros cuerpos marcados, o por los anónimos, o porque los restos del naufragio de nuestra fidelidad nos obligarían al mínimo de dignidad de dejar de engañar y confesarlo todo.

Cerca de mediodía sonó mi intercomunicador.

-¿Vamos?

-Sí.

-No lleves la fusta, pedí.

-No tengo que llevarla, la dejé en el apartamento.

Llegó minutos largos antes que yo, porque cuando yo llegué el apartamento estaba caldeado. Emilia, parada delante de la cama, me esperaba completamente desnuda, pronta como un atleta que espera su turno. Se acercó y empezó a desnudarme, pieza por pieza, con prolíjidad. Sería, casi inexpresiva, parecía estar trabajando con un maniquí, o en una performance

sobre el amor de los robots con las personas. Ni siquiera mi erección, vibrante de entusiasmo, modificó su gesto ni su ritmo. De hecho tenía yo claro, pero no quise decírselo para no complicar las cosas, que no nos habíamos saludado, ni siquiera con un beso. Ir al grano, cruzar otra frontera, solo eso importaba.

Completamente desnudos hurgué con los dedos más allá del vellón de su pubis, como si estuviera en un burdel. Por cierto que estaba pronta para ser penetrada.

-Emilia...

-¿Qué, mi amor?

-¿Podríamos sólo coger hoy?

-Por supuesto, mi amor. ¿Por qué no?, dijo, me pareció que fingiendo total acuerdo. Sólo quiero antes sentir... algo.

Tomó mi mano y chupó los dedos que había metido en su vagina. Al retirar la mano, por sorpresa, le solté una cachetada. Y luego la otra. Cachetadas fuertes, ya sin contemplaciones. Su mirada vacilaba como la de un boxeador a punto de ser noqueado.

-Más, dijo.

La segunda tanda fue tan fuerte como un par de piñazos. Tambaleó y estuvo a punto de caer al piso. Estaba tan excitada como si le hubieran dado una droga afrodisíaca.

-Te gusta. Sos casi un adicto, dijo tratando de componer una sonrisa. Estas cachetadas van a dejar marca.

Me dio una cachetada tan fuerte que el dolor en su mano me ahorró la segunda.

-Emilia, lastimarnos como dos locos, no. Prefiero que me des con la fusta y no que te rompas los huesos de una mano.

Sentí que la ansiedad la descontrolaba. Que en mí estaba restituir la sensatez aun cuando siguiéramos adelante con nuestro programa delirante.

-Serías capaz de matarme, dijo.

No lo preguntó. Me lo preguntaba y a la vez se lo respondía.

-¿Vos lo harías?

-Sí. ¿Vos?

No respondí por temor a que, sin más, me lo pidiera, por temor a que el tema quedara instalado como una posibilidad. Me pregunté si sería capaz de negarle algo que se le antojara. Entonces se inclinó y besó mi pecho. Sus labios, lentos como babosas buscaron el pezón derecho, lo chupetearon y, sin advertencia alguna, lo mordió, tal y como si quisiera arrancármelo. Ni siquiera las rayas de fuego de la cosa me habían causado tanto dolor. Era insoportable, y no dejaba de morder. Si hubiera querido, mordiendo un poco más fuerte, me hubiera arrancado el pezón. Finalmente abandonó la presa y sus babosas, sin apuro, se dirigieron hacia el pezón izquierdo. Del reino del dolor y de la muerte venía ella, y allí pensaba llevarme. Pensé en nuestras familias, viviendo sus vidas tranquilas y seguras, sin saber cómo se cernían sobre ellas las nubes negras de la fatalidad.

La fusta estaba sobre la cama, enroscada en sí misma, como una serpiente negra, regodeándose en la espera de su momento. El pezón me dolía terriblemente. Con los dientes había aplastado la piel, los nervios, las venas y quién sabe qué más. Pensé en tomar la cosa y darle con ella hasta que pidiera "basta", pero a tiempo adiviné que no me pediría que parara, que dejaría que la medio matara a golpes. A golpes de amor, de simple, terrible e insoportable amor. Una vez más adivinó mis pensamientos.

-Sí, dame, dijo. Y yo a vos, hasta el final, hasta que sepamos lo que significa verdaderamente la palabra amor.

Aquello era la locura. No aceptar nada razonable. Estábamos atrapados sin escapatoria posible en una prisión infinita de la que sólo podría liberarnos la muerte. La abracé, despacito, como si su cuerpo estuviera en llaga viva, quemado cada centímetro de piel, o como si su cuerpo fuera una bomba a punto de estallar. Al abrazarla vi sus nalgas. Con la punta de los dedos rocé las cicatrices moradas, azuladas.

-¿Puedo cogerte ahora?

-Claro que podés.

Se recostó en la cama y separó las piernas. Abrió la vulva con sus dedos. Parecía un bicho de las profundidades marinas pronto para devorarme. Le deslicé dentro la erección, como un San Jorge que mata al dragón. Se abrió más, toda, ciento ochenta grados. La cogí con verdadera y absoluta fruición, ondulando sobre su cuerpo como si fuera un experto, un prostituto, un canalla cualquiera. Acabó y quedó desparramada en la cama, floja como una medusa.

Hablándome desde quién sabe dónde, pidió:

-Metémela en el culo.

-¿Tiene que ser ahora?, le pregunté ya casi dejándome llevar por la correntada, a punto de vaciarme en ella.

-En esto no hay mañana, mi amor, profetizó chupándome la boca hasta secármela.

Se tomó de las corvas y levantó las rodillas hasta aplastarse los pechos.

-Vamos, mi amor, de una, me animó.

Saqué la erección de su vagina, muy lubricada. ¿Aluciné que el orificio del culo me hacía guiñadas cómplices? Ella, o yo, o ambos habíamos tocado fondo en los abismos de la procacidad y la indecencia.

-¿Juntos? ¿Hasta el final?, pregunté.

-Juntos hasta el final, dijo, como si en vez de romperle el culo fuera a matarla.

Le abrí más las nalgas, emboqué y empujé como si mi erección fuera la espada de un verdugo obsceno, como si me importara tres carajos si le dolía. La clavé hasta la mitad y gritó. Supongo que no se grita así si el culo no es virgen. Tomé nota y le clavé el resto, sin contemplaciones. Era parte del juego, de mi juego en todo caso, mostrar una crueldad que en realidad no tengo. O realmente no me importó si le dolía. Y le dolía, a juzgar por el nuevo grito y por la mueca en su rostro. Me puse a cogerla sin tregua, seguro de que con el dolor que le estaba provocando ya no querría más juegos de dolor al menos por ese día. Mi vientre golpeaba ruidosamente contra sus nalgas. Entró en trance, en una

especie de orgasmo de puro dolor. Hasta que se derrumbó, se soltó las piernas y quedó exánime, jadeando, exhausta.

-Acabá ahora, pidió con un hilo de voz.

-No. Quiero que te lo tragues.

Retiré la erección y se la mostré. Tenía trazas de sangre y de detritus.

-Así como está, sin limpiarla.

Emilia miró la erección amenazante y manchada. Sonrió. Era parte de su juego, ya no ser aquella, impecable y orgullosa, sino esta, sometida y humillada. Supe que me amaría más por llevarla hasta ese extremo de humillación. Humedeció los labios con su lengua en un gesto grotesco de gula y se llenó la boca con la erección. Chupó, lamió y masturbó, ansiosa por tragarse todo, pero de pronto se detuvo.

-Mordeme los pechos, pidió.

-Dejame acabar primero.

-No. Acabás después. Me los mordés y les acabás encima, exigí, inapelable.

Me arrodillé. Fantásticos pechos colgando obscenos. No maternales sino obscenos. Aluciné que me pedían lo peor para ellos. Lamí los pezones, duros como de madera. Mordí la pura blancura. Una y otra vez. Fuerte. Era lo que quería, que la marcara. Quería mostrarle los pechos marcados al padre de sus hijos. Rebajarse hasta donde puede rebajarse una mujer. Pero ni siquiera era eso lo que realmente yo quería. Cada vez más excitado, mordí a fondo, a punto de romper su piel. Cuando el marido le viera los pechos tendría un espectáculo más colorido que una aurora boreal. Emilia jadeaba. Su mano hábil bajó más allá de su pubis. Se masturbaba. Mordí las grandes tetas blancas -sí, tetas, como una vaca o una puta- arriba y abajo y en los costados, pero Emilia no quería tanto variedad como calidad.

-Mordé más fuerte, maricón, gruñó, feroz. Sin asco, sin compasión. Son un par de putas. Cada vez que me cruzo con un hombre me dan ganas de sacarlas y ofrecérselas, para que las manoseen, las muerdan, les meen encima. Se merecen lo peor...

Las obscenidades descontroladas de Emilia me quemaron el cerebro, en una especie de embriaguez, de vértigo, ya no sabía qué hacía ni cómo, no sabía qué me decía ni qué me pedía. Quizá me pedía lo peor, porque eso fue lo que hice. Atrapé un pezón entre los dientes y mordí. Mordí, pero no como un amante pasado de rosca, enloquecido por la calentura, mordí como un lobo, como una bestia feroz que lo que quiere es llevarse el pedazo de carne fresca para tragársela. Sentí que le desgarraba la piel y que, mordiendo más fuerte, tiraba del pezón como para arrancarlo. Gritó. No puedo describir su grito. Decir que fue un grito de placer y dolor es decir nada. Fue un grito como de sorpresa y maravilla al llegar al fin lo horrible tan deseado. Solté la presa. El pezón, a medias cercenado, a medias colgaba soltando sangre. Nos miramos a los ojos como viéndonos por primera vez, con los ojos muy abiertos, con la maravilla con la que sólo se puede ver al otro convertido en Ángel.

-Ahora sí, dame tu semen, dijo.

-No, pará Emilia, dije y traté de alejarme.

Pero Emilia, inesperadamente rápida y fuerte, me tomó por las caderas y se empaló, literalmente, clavándose la erección en la garganta. Como si me succionara un viento del infierno sentí que el chorro de semen manaba de mí interminablemente. El demonio me llevaba a su reino de la obscenidad, sin retorno posible. Emilia desclavó la erección y la puso a chorrear encima del pezón a medias arrancado. Quedamos inmóviles, en silencio, exhaustos, como de pronto retornados, por falta de méritos no sería, del reino de la locura. La mezcla de sangre y semen goteaba sobre el vientre de Emilia. Del baño traje una toalla y envolví el pecho herido.

- Te amo, dijo, de pronto consumida, sin fuerzas.

-Yo te amo a vos.

-Sólo vos podías ser...

No dijo qué, pero estaba a la vista. La besé en los labios manchados de cuando había chupado la erección. Se los limpié con mi pañuelo.

Llamé a la emergencia móvil. Curiosamente no tardaron en llegar. La atendieron un médico y una enfermera. Limpiaron la herida y la taparon con

gasas, le inyectaron un antibiótico. Dijeron que tenían que llevarla a la Sala de Emergencias.

-¿Qué la mordió?, preguntó el tipo. Era obvio, de manera que la pregunta era por morbo. Nos miramos y no le respondimos.

A todo esto eran las dos y media de la tarde. Ya se estarían preguntando por mí, y por ella, y luego por ambos. En la ambulancia la enfermera iba llenando el formulario de atención haciéndole preguntas de rutina a Emilia (enfermedades padecidas, medicamentos que consumía, alergias, intervenciones quirúrgicas, etc.). Con voz indiferente y neutra iba llenando los casilleros con tildes y crucecitas, hasta que llegó a un espacio para Observaciones.

-Algo más que quiera agregar en el formulario, preguntó.

Emilia no respondió, de manera que después de esperar un momento, la mujer, siempre con un tono perfectamente profesional le preguntó si ejercía la prostitución. Emilia y yo nos miramos y sonreímos. Tomé la mano a Emilia y se la besé.

-La señora es mi esposa, dije.
